

CÁMARA DE LOS HORRORES

CURTIS GARLAND

Señoras y señores, al fin…

Al fin hemos llegado a la…

CÁMARA DE LOS HORRORES.

Su guía soy yo. Entren, entren, por favor. No se queden en la puerta. El frío que sienten en su nuca en estos momentos, no es el frío de una simple corriente de aire, sino… el helado aliento que surge de una tumba abierta…

Pronto van a sentir también el fétido olor de la putrefacción humana.

Y después… todo lo que está más allá de la vida, en las tinieblas de la Muerte y de lo Oculto, vendrá hacia ustedes…

Cuidado. Pasen, pasen…

No se preocupen de ese escalofrío que notan en la espalda, ni ese roce helado que toca su nuca ahora. Ni esa sensación de que les miran, les observan desde atrás, a espaldas suyas, en la oscuridad, debe de inquietarles…

No, eso no es nada. Miren, miren ante sí… ¡y entonces sí sentirán horror!

Pero es sólo diversión. Esparcimiento sano. Usted pagó ya su boleto. Entre, entre conmigo a nuestra única y maravillosa Cámara de los Horrores…

¿Mi nombre? Ah, sí… Curtis Garland, querido amigo. Soy su guía. Sígame… sin temblar.



Curtis Garland

Cámara de los horrores

Bolsilibros: Selección Terror - 20

ePub r1.0

Titivillus 09.01.15

Título original: *Cámara de los horrores*
Curtis Garland, 1973

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

¡Pasen, señores, pasen!

¡Entren a contemplar el gran espectáculo del siglo!

¡Solamente por unos chelines, señores, presencien la maravilla de las maravillas! ¡Ninguno de ustedes quedará defraudado, o en caso contrario les será devuelto el dinero a la salida!

¡Señoras y señores, no duden en adquirir su boleto y entrar en nuestro museo, si son amantes de las emociones fuertes y del escalofrío!

¡Aquí dentro encontrarán todo eso y mucho más! ¡Todo el horror y la angustia con que puede soñar el ser humano, inmortalizada en las maravillosas, únicas y sorprendentes figuras de cera de *monsieur* Romain!

¡Adéntrense conmigo, que seré su guía, por las tortuosas tinieblas de nuestra Cámara de los Horrores, donde todo parece posible, y donde las criaturas del terror cobran vida en la magia de la cera moldeada por el genio artístico de *monsieur* Romain, el mejor y más perfecto creador de reproducciones fantásticas!

¡Usted, jovencito enamorado, apriete fuertemente la mano de su novia, cuando la sienta sobrecogida ante el sangriento horror de los seres de las tinieblas! ¡Usted, bella dama, oprima su pecho con mano firme, cuando crea que el corazón va a saltar fuera de su cuerpo, ante la impresionante amenaza de las criaturas del Mal! ¡Usted, caballero, deje a su niño en la puerta del museo, porque los terrores que vivirá dentro son demasiado fuertes para la mentalidad impresionable de un muchacho! ¡Y usted, usted… usted… pasen por taquilla, tomen su boleto… y adentro!

Señoras y señores… Pasen conmigo… ¡Entren con este amable servidor suyo, hasta el centro mismo del horror, hasta el lugar donde la cera de *monsieur* Romain, modelada por el maestro, parece carne viva y palpitante, donde los ojos inanimados parecen brillar

en la oscuridad, acechándole a usted!

¡Entren con este guía, servidor de ustedes, a la única, verdadera, terrible y estremecedora… Cámara de los Horrores!…

* * *

Señoras y señores, al fin…

Al fin hemos llegado a la…

CÁMARA DE LOS HORRORES.

Su guía soy yo. Entren, entren, por favor. No se queden en la puerta. El frío que sienten en su nuca en estos momentos, no es el frío de una simple corriente de aire, sino… el helado aliento que surge de una tumba abierta…

Pronto van a sentir también el fétido olor de la putrefacción humana.

Y después… todo lo que está más allá de la vida, en las tinieblas de la Muerte y de lo Oculto, vendrá hacia ustedes…

Cuidado. Pasen, pasen…

No se preocupen de ese escalofrío que notan en la espalda, ni ese roce helado que toca su nuca ahora. Ni esa sensación de que les miran, les observan desde atrás, a espaldas suyas, en la oscuridad, debe de inquietarles…

No, eso no es nada. Miren, miren ante sí… ¡y entonces sí sentirán horror!

Pero es sólo diversión. Esparcimiento sano. Usted pagó ya su boleto. Entre, entre conmigo a nuestra única y maravillosa Cámara de los Horrores…

¿Mi nombre? Ah, sí… Curtis Garland, querido amigo. Soy su guía. Sígame… sin temblar.

PRIMERA PARTE

MUSEO

CAPÍTULO PRIMERO

Ocupaba el chaflán de la calle vieja.

Antes había estado allí la funeraria del viejo Angus MacPeters. No era un buen antecedente, pero posiblemente, salvo los familiares de los clientes forzosos del viejo Angus, nadie recordase en el barrio la clase de negocio que hubo en el chaflán de Quaker Street y Commercial.

Pero el agente Morgan sí lo recordaba bien. Había empezado su trabajo de patrullero en aquellas zonas de Spitalfields, cuando era un mozalbete. Seguía siendo patrullero, porque no servía para otra cosa. Pero, cuando menos, era ya cabo de patrullas callejeras, lo cual ya era algo.

Se detuvo junto a la farola de gas, frente por frente al famoso chaflán. De la funeraria, no quedaba gran cosa, salvo la tristeza propia del edificio, su indefinible halo sombrío.

Ahora, la puerta acostumbraba a estar muy iluminada, sobre todo los sábados por la noche y los domingos por la tarde. Y el gran cartel brillaba cegador, atrayendo a los curiosos domingueros como la miel a las moscas o la llama a la polilla:

MUSEO DE FIGURAS DE CERA DE
MONSIEUR ROMAIN
CON SU ÚNICA E INCOMPARABLE
«CÁMARA DE LOS HORRORES»

Decían que no era un espectáculo adecuado para chiquillos, pero éstos abundaban entre la clientela, y los dirigentes del negocio no decían nada ni les prohibían la entrada, por mucha verborrea que utilizan en advertir a la gente de lo terrorífico de aquella galería espeluznante de monstruos y de sangre.

El cabo Morgan sonrió con suficiencia, sacudiendo su cabeza

pelirroja, sin una sola oscilación de su casco policial, bien sujeto a la fofa papada por el apretado barboquejo. Eran chiquilladas. Cosas ingenuas, que siempre divertían a la gente y daban buenos beneficios a los artistas aprovechados, como el tal *monsieur* Romain del que, por cierto, el cabo Morgan sabía tanto como de la propia reina Victoria. No le había visto jamás personalmente, y tampoco a la reina, salvo en la penumbra de algún carruaje real, o en el interior del palacio de Buckingham, a distancias siderales de su emplazamiento.

Pues de *monsieur* Romain, ni eso. No sabía qué cara tenía. Ni siquiera si existía. A veces era muy chic alardear de extranjerismo, de nombre francés, rimbombante, y cosas así, aunque el artista en cera hubiera nacido en Soho o en Paddington.

El cabo Morgan estaba a punto de terminar su guardia. Esa noche, el relevo era a las cuatro de la mañana. Y bien deseoso que estaba de que el reloj del Parlamento diese esas cuatro ansiadas campanadas para irse a dormir. La persecución de aquella pandilla de rateros, la noche anterior, le había fatigado mucho. Y le había impedido dormir normalmente, conforme a su horario de ritual.

Ya faltaba poco. Bastaría con dar una vuelta en torno al museo del francés, descender hasta Hanbury, y el agente Randolph estaría allí, puntual como en él era costumbre.

Resopló, sintiendo húmeda su nariz. Hacía mucho frío y mucha humedad esta madrugada del diablo. La niebla se había ido espesando a última hora de la noche, para hacerse muy densa y pegajosa en estos momentos. Realmente, en el paraje callejero, solitario y silencioso, con la excepción de su presencia y sus recias pisadas, sólo eran visibles la claridad lechosa y cruda de la farola de gas, y la fachada tétrica del Museo de Cera, antigua funeraria de MacPeters.

A cualquier peatón, en semejantes horas de la madrugada, le hubiese impresionado el lugar. No al cabo Morgan, que estaba curado de espantos, y no sentía miedo alguno hacia los espantos imitados en cera por *monsieur* Romain, ni tampoco por los difuntos de quienes se ocupara anteriormente MacPeters, con su surtido de cajas oblongas.

Empezó a dar la vuelta al viejo edificio del museo, que cualquier día tendría que ser derribado y sustituido por una casa sólida, de

piedra o ladrillo, que hiciera olvidar aquel triste barracón, en su mayor parte de madera y materiales caducos. Solamente la capa de pintura de su fachada, y los brillantes colores de sus anuncios, reclamando gente para el museo, le daban cierto aire de pulcritud y consistencia, aunque no demasiada. El cabo Morgan acostumbraba a decir que era como cuando una vieja dama se pinta demasiado. Bajo las grietas del maquillaje, siempre acaba por aparecer el verdadero rostro surcado de arrugas.

El cabo Morgan descendió junto a la puerta principal, herméticamente cerrada, las taquillas, con su lista de precios, según se visitase la totalidad del museo o solamente la parte más alegre de él, exceptuando su «plato fuerte», la famosa Cámara de los Horrores. Siguió adelante por el muro lateral, donde grandes carteles exhibían titulares sangrantes y rostros diabólicos, como propaganda de las terroríficas figuras de *monsieur* Romain.

Silbando entre dientes una tonada militar, el cabo Morgan se echó las manos a la espalda, y avanzó con paso más rápido, para combatir la fría humedad de la noche. A su alrededor, la niebla era como humo, enroscándose en sus piernas y en los pliegues de su capa azul oscura del uniforme.

Pasó un carruaje con rapidez, y sus ruedas sonaron con fuerza sobre el empedrado irregular de Quaker Street, acompañando al redoble hueco de los cascos de los caballos. Apenas si vislumbró del vehículo su silueta negra, charolada, y el fugaz movimiento de los animales de tiro, fundiéndose todo en la espesa bruma que iba paulatinamente en aumento.

Dobló la esquina, enfrentándose a Market Lane, un callejón en el que se hallaban algunos almacenes de los vendedores y mayoristas del mercado de Spitalfields, y cuyos olores, mezcla de verduras, pescado, carnes y algunas mercancías ya en mal estado de conservación, daban al pasaje un hedor inconfundible y poco grato. El cabo Morgan frunció el ceño. Era el lugar que menos le gustaba en toda su ronda nocturna. Pero formaba parte de ella, y tenía que cruzarlo.

Es más, en algunas ocasiones, la ronda policial había servido para evitar que algún rufián desvalijase a punta de navaja a un solitario peatón trasnochador, o que un grupo de pillos reventase la puerta de alguno de los almacenes, llevándose mercancías de él. Su

angosto trazado, su oscuridad, sólo salpicada por dos farolas, una a la entrada y otra a la salida del pasaje, insuficientes a todas luces, y su recoleta situación, con un arco de ladrillo para la entrada y otro para la salida, le hacían idóneo para cualquier ratería.

Aparte de todo eso, a esa callejuela se abría la puerta de servicio o entrada trasera al museo. El lugar por donde eran llevados los artilugios, las figuras de cera, la escenografía y cuanto precisaran los organizadores para el montaje de sus diversos diagramas.

El cabo Morgan, sorprendido, observó que la puerta trasera del museo estaba abierta.

Arrugó el ceño. Apretó con fuerza su porra y buscó el silbato mecánicamente, por si era preciso poner en pie de guerra a toda la fuerza policial de Spitalfields. Resultaba muy raro que a semejantes horas se ocuparan en el museo de tarea alguna.

Avanzó decidido, dejando tras de sí la luz de la farola, que distribuía una claridad lechosa, turbia, entre la densa niebla. Pero suficiente para descubrir las puertas abiertas de la cochambrosa fachada trasera del viejo edificio.

Era raro. No descubrió a nadie allí. Ni vehículo alguno, que justificase la apertura de aquella entrada para carga o descarga.

Una idea repentina asaltó al policía. ¿Y si estaban robando en el interior del museo?

Rápido, tomó una decisión. Antes de hacer funcionar el silbato y levantar la alarma en toda la zona, era preferible asegurarse de lo que podía estar sucediendo. Y eso es lo que hizo seguidamente.

El cabo alcanzó la puerta. Asomó a ella, tratando de ver algo. Pero su sorpresa no descubrió sino oscuridad en el corredor, largo y angosto, con fuerte olor a humedad, que conducía al interior del edificio. Por allí, en otros tiempos, se proveía el viejo Angus MacPeters de féretros y útiles funerarios para su negocio.

Creyó distinguir, muy lejana, una claridad rojiza. Tal vez ya en el propio museo, a juzgar por su distancia y posición. Avanzó, dispuesto a poner en claro todo aquello. Misión suya era proteger el museo y su valioso contenido, tanto como cualquier domicilio o negocio de su distrito, y eso era lo que estaba intentando hacer ahora.

Se movió decidido, procurando que sus pesadas botas no hicieran ruido sobre el pavimento del largo corredor en sombras.

Alcanzó una serie de escalones ascendentes, que conducían al museo, ya que el pasaje trasero quedaba a más bajo nivel que la calle Quaker.

Subió esos escalones. La puerta de acceso al interior del museo estaba abierta. Y era la que conducía a la última de las instalaciones del mismo. A la más importante y sensacional de todas.

La Cámara de los Horrores.

La luz roja llegaba de uno de los conjuntos de figuras, situado cerca de aquella puerta posterior, entre lo que fingían ser húmedas piedras de una lóbrega mazmorra repleta de instrumentos medievales de tortura.

Allí, un verdugo de negra caperuza y rojas vestiduras, cortaba con un hacha enorme, las cabezas de varias personas, situadas ante sí, sobre un soporte colectivo. El ambiente de horror estaba conseguido en las expresiones alucinadas de las víctimas, sobre cuyos cuellos ya tocaba el hacha, fingiendo sangre copiosa la cera roja, a goterones. En el lugar donde los globos de vidrio, sobre los mecheros de gas, habían sido teñidos de rojo, se leía claramente el título del impresionante diagrama:

LA TORRE DE LONDRES

El cabo Morgan no se impresionaba por tan poco. Buscaba la razón de que aquella luz estuviese encendida, de que las puertas se hallaran abiertas, y nadie hubiese dado señales de vida en derredor.

Decidido, enérgico, carraspeó, llamando en voz alta, con potencia y autoridad:

—¡*Monsieur* Romain! ¡*Monsieur* Romain! ¿Está usted ahí? ¡Vamos, responda! ¿Quién anda por aquí a estas horas? ¡Responda quien sea, en nombre de la ley! ¡O daré inmediatamente la voz de alarma!

Nada. No hubo respuesta. Solamente silencio. Un extraño y frío silencio que, por vez primera, sobrecogió al policía. Repitió la llamada, en vano, moviéndose por la Cámara de los Horrores. Pasó junto a Landrú y su horno crematorio, donde se veía el rostro y las manos engarfiadas de su víctima de turno, abrasándose viva allá dentro, en fingidas llamas. Se detuvo entre el doctor Jekyll, medio transformado en míster Hyde, y el espantoso monstruo de

Frankenstein, en lucha diabólica con un licántropo.

Su insistencia era estéril. Nadie respondía a sus llamadas. Parecía estar solo entre aquella galería de seres abominables, donde no faltaban los siniestros Borgias, Drácula emergiendo de su ataúd forrado de rojo, hacia una hermosa doncella semidesnuda, que aguardaba, hipnotizada, el mordisco infernal. Todo perfectamente representado en cera por las manos de un notable artista.

El cabo Morgan tomó su decisión. Avanzó, decidido, hasta donde una bella y exuberante criatura era sometida al terrible martirio de la «doncella de Núremberg» (Instrumento de tortura en forma de féretro erizado por dentro de pinchos que, al cerrarse la tapa atravesaba horriblemente a la víctima), con sus verdugos al lado, contemplando con maligna mueca su sufrimiento, mientras sostenían en sus manos una sentencia a tortura y muerte por brujería.

Los ojos de las figuras de cera, brillando su vidrio en las sombras y reflejos rojizos, parecían extrañamente vivos ahora, al menos para la imaginación algo inquieta ya del buen policía, cuyo rostro mofletudo y saludable aparecía bañado en sudor.

Tomó el silbato, y se lo llevó a los labios.

Entonces, a su espalda, se produjo un leve ruido. El cabo Morgan, rápido, giró la cabeza, empezando a hablar:

—Vaya, al fin aparece alguien que… Eh… ¿qué… qué es eso? —jadeó, dilatando enormemente sus ojos.

El ruido se repitió. Ahora, el cabo Morgan podía ver lo que sucedía. Otros ruidos acompañaron a lo que estaba presenciando. Palideció intensamente, con expresión de repentino horror.

—No…, no es posible… —musitó, trémulo—. ¿Qué maldita broma es ésta…?

Tenía el silbato entre los labios. Y apretó con fuerza, soplando en él con energía, sin que nadie respondiera a sus palabras entrecortadas…

Ante sus ojos, algo se movía hacia él. Una sombra se proyectó entre su rostro y las luces rojas de aquella reproducción de la Torre de Londres en tiempos de Ricardo III.

Un alarido brotó de los labios del cabo Morgan, y el silbato se desprendió de ellos cortándose su estridente nota de alarma. Esa sombra pareció caer sobre él. Las luces del museo oscilaron,

empezando a extinguirse…

El policía trató de luchar, de huir de allí de alguna forma.

La penumbra roja, que ya era casi oscuridad total, envolvió sus esfuerzos. Y pareció destellar con nuevos fulgores escarlata, cuando algo afilado penetró en la garganta del cabo Morgan, y la sangre, en medio de un ronco estertor de agonía y unos espasmos del fornido corpachón del cabo, brotó tumultuosa, salpicándolo todo.

Con ojos desorbitados de pánico, vidriados por la muerte, el cabo Morgan cayó hacia atrás en la Cámara de los Horrores, escapando su sangre y su vida por el terrible boquete de su garganta desgarrada.

Alrededor de él, en la sombra, los ruidos y crujidos empezaron a dejar de sonar. Volvió el silencio de muerte al Museo de Cera, mientras un extraño, inhumano jadeo, se iba extinguiendo también en las tinieblas…

CAPÍTULO II

El inspector Oliver Rolfe meneó la cabeza lentamente.

—No lo entiendo —manifestó—. No puedo entenderlo.

Los agentes de policía le miraron, pensativos, mientras deambulaban por Market Lane, en una y otra dirección, taciturnos los rostros bajo sus cascos tradicionales, flotando al aire frígido de la mañana neblinosa y turbia, sus capas azules de uniforme.

El doctor Parker, forense de Scotland Yard, se incorporó lentamente, con un suspiro. Cerró su maletín, y dejó caer en forma piadosa el paño recio que cubría el cadáver sobre el empedrado de la callejuela.

—Insisto en lo que dije antes, de primera impresión —declaró secamente—. Este hombre ha sido degollado con un arma afilada, manejada de forma contundente… Tal vez un machete, acaso un sable o cosa parecida…

—Sí, eso lo dijo antes. La fuerza y precisión del tajo, así parece confirmarlo —aceptó con acritud el inspector Rolfe—. Pero usted dijo antes algo más, doctor…

—Es cierto —miró en torno, pensativo—. Dije que me parecía extraña tan escasa hemorragia. Tuvo que dejar este suelo empapado. Vea que el cuerpo no conserva prácticamente una sola gota en sus venas.

—El charco es pequeño. Apenas un leve reguero se pierde entre las piedras… —Rolfe clavó, profesional, su dura mirada azul, en el forense de la policía. Indagó, enérgico—: ¿Qué quiso decir exactamente, doctor?

—Lo que usted imagina, poco más o menos —sonrió con tristeza el médico—. El cabo Morgan no fue asesinado aquí.

Hubo un silencio en la callejuela con hedores a verduras, pescados y frutos podridos. Un agente uniformado giró la cabeza, con sorpresa, contemplando al doctor primero, y al compañero

muerto después. Ciertamente, las huellas rojo oscuras, secas en las rendijas del empedrado, no eran muy estridentes. Ni muy abundantes.

—Su idea es que trasladaron el cadáver desde otro lugar, ¿no es eso? —se interesó el inspector Rolfe.

—Sospecho que eso es lo que sucedió, inspector.

—Ya —se frotó el mentón aquel hombre alto, enjuto, de impecable abrigo negro, largo y recto, sombrero hongo y manos enguantadas, una de las cuales sostenía un paraguas cerrado—. Asesinado en otro sitio… Pero ¿dónde? Esta calleja es el sitio ideal para un crimen así.

—Y también para abandonar un cuerpo sin vida —le recordó el médico forense—. La muerte debió ocurrir, aproximadamente, entre tres y cinco de la madrugada. Hasta las ocho y media o nueve de la mañana, no es día claro en esta época del año. Añada usted a eso la densa niebla de que disfrutó Londres anoche, lo poco frecuentado de este callejón, especialmente hoy, domingo, en que no se abre el mercado de Spitalfields y los cargadores no acuden a retirar mercancía de sus almacenes… y tendrá la situación ideal para el asesino o asesinos del cabo Morgan, que no debieron tener el menor problema para dejar aquí el cadáver sin ser vistos.

—Este maldito pasaje… —se quejó el inspector Rolfe—. Solamente hay en él almacenes del mercado, tapias y esa puerta trasera.

—¿Ésa? —El doctor Parker miró curiosamente la hermética puerta de doble hoja, encajada y segura, indudablemente atrancada además por dentro—. ¿Adónde conduce?

—Al Museo de Cera —se encogió de hombros el policía—. Tampoco creo que hubiese nadie en él a semejantes horas, doctor. Los sábados, que es el día que más tarde cierran esa clase de atracciones, no lo hacen más allá de las diez de la noche. Y, que yo sepa, nadie vive en ese edificio.

—¿Nadie cuida del museo durante la noche, en tal caso? —Se sorprendió el doctor Parker—. Puede que si hay un vigilante de noche, oyera algo sospechoso, que le ayude en sus pesquisas.

—Sí, había pensado en ello —afirmó el inspector Rolfe, ceñudo —. Buscaré al propietario de ese negocio, a un tal *monsieur* Romain…

* * *

—Jean Louis Romain, exactamente, *monsieur l'inspecteur*. *Oui*, soy yo…

Era un tipo insignificante. De aire correcto, serio y educado. De ademanes nerviosos e inquietos, de mirada vivaz e inteligente. Pequeña estatura, mediana corpulencia, rostro rasurado, ojos pálidos, boca poco enérgica… Al hablar, gesticulaba en exceso y hacía ademanes ampulosos, muy a la francesa. Tenía el cabello rojizo, salpicado de algunas canas, y ahora vestía en mangas de camisa, con un chaleco estampado en color siena oscuro.

—No deseo importunarle demasiado, *monsieur* Romain —declaró el inspector Rolfe, tras una leve tos de circunstancias—. En realidad, el asunto que me trae a su casa, no se relaciona directamente con usted, aunque sí con su negocio.

—¿El museo? —El francés arrugó el ceño, alarmado—. ¿Qué le ocurre a mi museo? No habrá peligro de incendio o cosa parecida…

—No, no se preocupe. No hay incendio alguno. Nada amenaza a su museo.

—Oh, menos mal. Usted lo entenderá, *monsieur*. El fuego es el gran enemigo de mi arte, de mis figuras de cera…

—Lo comprendo muy bien —Oliver Rolfe respiró hondo—. La verdad es que su museo nada tiene que ver en el asunto, salvo por su vecindad. Lo sucedido fue en Market Lane, señor.

—¡Market Lane! —La inquietud brilló en los claros ojos del francés—. ¡Eso está detrás de mi museo, inspector!

—Cierto. Por eso estoy aquí. Un hombre murió asesinado la pasada madrugada en ese callejón. Cuando menos, ha aparecido allí su cadáver, aunque tenemos fundadas sospechas de que el mismo fue trasladado desde otro punto inicial, donde realmente se cometió el crimen.

—¡Cielos! ¿Eso es posible? —Se mostró aturdido el propietario del museo de cera.

—Desgraciadamente posible. La víctima es uno de mis hombres, el cabo Morgan…

—¡El cabo Morgan! —Se echó atrás, con un respingo, Jean Louis Romain—. ¿Se refiere a… al cabo Peter Morgan?

—Al mismo, *monsieur*. ¿Le conocía?

—Muchas veces estuvo en mi museo, puso orden en las colas dominicales de mis taquillas, y cambió algunas palabras con mi empleado, Hugh Payton. Yo le vi solamente a distancia, crucé con él un saludo a veces, entre la multitud que entraba en el museo, y poco menos. Pero siempre me pareció un hombre cordial, amable y honrado.

—Lo era, *monsieur* Romain —afirmó secamente el inspector Rolfe—. Pero ahora está muerto. Alguien lo degolló brutalmente anoche. Luego, trasladó su cuerpo al callejón. Estamos buscando a algún posible testigo, a alguien que oyera alguna cosa, fuese cual fuese, entre tres y cinco de la mañana. Hemos pensado que, aunque a esas horas el museo está cerrado, pudiera haber en él alguien que vigilase, un conserje de noche, que velara por la seguridad del recinto, ya que su contenido es tan delicado…

—Y así es, inspector —afirmó Romain, enfático—. Siempre se queda alguien durante la noche. Tengo algunos empleados para tal tarea, que se turnan, cada dos noches. Precisamente esta última noche le tocó el turno… a Hugh Payton, mi taquillero. El empleado que más conocía, personalmente, al cabo Morgan…

—Entiendo, señor Romain. ¿Dónde podría encontrarle para hacerle unas preguntas? Es posible que no haya percibido nada, si los asesinos actuaron con cautela, pero es preciso apurar todas las posibilidades antes de darse uno por vencido.

—Lo comprendo muy bien, inspector. Si quiere, yo le acompañaré al museo. Hay un anexo donde yo me ocupo en la tarea de estudiar y modelar nuevas figuras que den aliciente a mi negocio, y donde algunos modelos posan para mis maniquíes de cera. Yo tengo hoy trabajo, terminando una nueva serie de figuras para la Cámara de los Horrores, y Hugh andará seguramente por allí, a la espera de la hora de abrir el museo, que los domingos por la mañana permanece cerrado, hasta abrir sus puertas a las tres de la tarde.

—Será un placer acompañarle, *monsieur*. Y espero disculpe estas molestias.

—Por favor, no tiene que hablar así, *monsieur l'inspecteur* —Romain hizo un gesto ampuloso con sus manos—. Me tiene a su entera disposición. Es preciso que todos colaboremos contra la ola de delincuencia que invade Londres y, muy especialmente,

Spitalfields y Whitechapel.

El hombrecillo se encaminó a un perchero, de donde tomó una levita y un macferlán color gris oscuro, así como un sombrero de igual tono. Estaba poniéndose esas prendas, cuando un suave deslizamiento se percibió en el corredor.

Giró Rolfe la cabeza, intrigado. Una dama apareció en la estancia, sentada en una silla de ruedas, conducida a su vez por otra mujer. La inválida vestía un traje estampado, verde y malva, con encajes en torno al cuello, y un camafeo orlado de perlas y diamantes, con cinta de negro terciopelo ciñendo su garganta. Era rubia canosa, de facciones rígidas, ojos oscuros y fríos, y expresión hermética. Podía tener cuarenta o cincuenta años, pero no representaba edad definida alguna.

Su acompañante, una dama alta, enteramente vestida de negro, del cuello a los pies, era pálida, de cabellos negros, salpicados de canas plateadas, peinados en alto moño sobre su coronilla. Llevaba unos lentes de vidrios oscuros, color humo, con montura de plata, sujetos en pinza sobre su nariz aguileña, nada agraciada por cierto. Sus manos, pálidas y delicadas, manejaban la silla con la pericia que da el hábito de conducir así a un inválido durante largo tiempo.

—¿Adónde vas ahora, querido? —preguntó agriamente la dama de la silla de ruedas, apenas surgió por el corredor en penumbras de la casa rica en estatuillas, ornamentos, cortinajes y toda clase de motivos decorativos de la época, harto recargados.

—Querida, ha venido un caballero a verme. Es el inspector Rolfe, de Scotland Yard —presentó Jean Louis Romain—. Inspector, mi esposa, Yvette. Un accidente, en las Colonias hace algunos años, la dejaron inválida. La señorita Abigail Hawkins es su cuidadora.

—Es un placer, señora —saludó cortés el policía. Y también hizo una inclinación respetuosa hacia la señorita Hawkins, volviendo inmediatamente su atención a la inválida—. Su esposo trata de ayudarme en un grave problema. Uno de mis hombres ha sido asesinado la noche anterior en Market Lane, a espaldas del museo.

—De veras lamento el suceso, inspector —dijo con tono glacial la mujer de la silla de ruedas—. Pero el interés de mi esposo en llevarle ahora a su estudio de la calle Quaker, no creo que tenga gran cosa que ver con su problema.

—Oh, Yvette, ya estás diciendo tonterías —se apresuró a hablar,

enfurecido, su esposo—. Al inspector no le preocupan en absoluto tus imaginaciones ni disparates sobre…

—¿Llamaría usted «imaginación» o «disparate» al hecho de que mi esposo siempre alquile a bellas y jóvenes modelos del sexo femenino, para posar como Dios las trajo al mundo, o poco menos, para su galería de hermosas mujeres atormentadas, en el museo… y luego flirtee descaradamente con todas ellas?

—Señora, yo…

—En primer lugar, Yvette, mis modelos no posan jamás «como Dios las trajo al mundo», ni nada que se le parezca —se enfureció Jean Louis Romain—. De ellas sólo preciso su rostro, su expresión o su personalidad, y la cabeza de cera se aplica a maniquíes que yo modelo ya en serie, previamente. De modo, inspector, que no haga demasiado caso a las manías de mi esposa. Desde que se ha visto confinada en esa silla, no ve sino engaños y traiciones por todas partes.

—¿Vas a negarme, maldito seas, que esa actual modelo tuya, Mae Driscoll, te tiene sorbido el seso, y que por ella serías capaz incluso de matarme, si supieras que tu crimen iba a quedar en la impunidad? —acusó acremente su mujer.

—Señora Romain, debe medir sus palabras —avisó cortésmente el policía—. Pertenezco a Scotland Yard, y una simple disputa familiar no debe encerrar acusaciones tan graves en mi presencia…

—Sé que lo haría sin dudar, y así lo sostendré ante quien sea, si esa mujerzuela que ahora posa para él se lo pidiese —sostuvo la dama, enfática, con acritud.

—Esa «mujerzuela», como tú dices, es una señorita que se gana la vida posando para pintores, escultores y artistas como yo —replicó con ira el dueño del museo—. Por favor, inspector, no haga caso a mi mujer. Su mente no es la misma desde que sufrió el accidente, y sólo busca amargarme la vida, mientras yo me sacrifico por ella día y noche… Vamos ya, se lo ruego.

La señorita Hawkins trataba por todos los medios de calmar a la inválida, que seguía haciendo torvas acusaciones, con su faz crispada. Romain y el policía salieron de la vivienda. Ya en las amplias escaleras que conducían a la calle, el escultor de cera respiró hondo, sacudiendo la cabeza.

—Dios mío, la vida es ahora un infierno, créame, inspector.

—¿Acostumbra a reaccionar así con frecuencia? —indagó Rolfe, pensativo, caminando a su lado.

—Con demasiada frecuencia. Por desgracia, no está en lo cierto. Sufre unos celos monstruosos, cree que la voy a abandonar cualquier día, ahora que está incapacitada. Y eso no es cierto. La señorita Hawkins lleva tiempo con nosotros, es un sueldo elevado el que debo pagarle por cuidar de Yvette y, sobre todo, por soportar sus manías, sus crisis.

—¿Qué hay de cierto en sus acusaciones? —Sonrió el policía—. ¿De veras que sigue usted siéndole enteramente fiel a su esposa… a pesar de sus bellas modelos?

—Bueno, usted sabe cómo son estas cosas, inspector. Algún ligero devaneo, nada serio… Las chicas a veces se muestran insinuantes, y uno… En fin, ¿qué hombre no cae en lo mismo, y más si su esposa es una inválida casi total? Pero le aseguro que son cosas momentáneas, que no dejan huella jamás. Eso no altera en absoluto mi amor de esposo hacia ella.

—¿Y… la señorita Mae Driscoll?

—Oh, ella… —Romain se mordió el labio inferior, deteniéndose junto al carruaje de alquiler que acababa de llamar, ya en la acera, frente a su confortable casa de Cornhill Street. Sacudió la cabeza, preocupado—. Es una chiquilla capaz de enloquecer a cualquier hombre. Pero no acepta a un hombre casado. He flirteado con ella, lo confieso. Es tan hermosa, tan llena de encantos, incluso tan… tan coqueta y femenina… Pero no hay posibilidad de nada serio. Siempre me ha rechazado, inspector. Ya ve que le hablo con entera franqueza.

—Sí, ya lo veo —asintió gravemente el policía, mientras el carruaje rodaba ya hacia Spitalfields, tras dar Rolfe la dirección. Añadió éste con seriedad—: Si su esposa no existiese todo sería diferente con esa chica, a lo que veo…

—Cierto, pero… —con sobresalto, Romain alzó la cabeza y le miró, muy fijo—. ¡Por Dios, inspector, qué cosas dice! ¿Ha tomado en serio las palabras de Yvette? Son… son un disparate. Nunca pensaría en eso. No sólo en… en un crimen, que me parece abominable, sino ni siquiera en que pudiese enfermar gravemente y morir. Ella no lo acepta, pero… pero quiero a Yvette, inspector.

—Entiendo, *monsieur* —sonrió Rolfe, más afable—. Sólo era un

comentario. Por ahora, el único crimen que me preocupa es el que convirtió en víctima al cabo Morgan. Porque, además, es el único crimen real que tengo entre manos…

El carruaje siguió rodando en medio del silencio de ambos hombres.

CAPÍTULO III

El lugar no tenía nada de siniestro ni inquietante, para ser el origen y fuente de tanta figura diabólica como iba desde allí hasta la galería terrorífica de *monsieur* Romain.

Amplias vidrieras, algunas de ellas translúcidas, y otras totalmente transparentes, asomaban a los tejados, azoteas y chimeneas de Spitalfields, paisaje gris, brumoso y triste, pero que a veces estaba coronado por el débil y tibio sol londinense, si la niebla o el cielo encapotado no lo impedían.

Debajo de esa techumbre de vidrio, propia de un estudio artístico, en la última planta de un pabellón anexo al museo, se hallaba el estrado de trabajo de Romain, con su mesa de modelado, y el punto mejor iluminado, donde acostumbraban a posar sus bellas modelos.

Había cera abundante, unos hornillos o quemadores para hacer fundir el elemento maleable que utilizaba Romain en su trabajo, mascarillas, pelucas de todos los colores, trajes de época, grabados históricos, casi todos de horribles escenas sangrientas de la historia o la ficción, pero famosas por una u otra causa, desde los procesos por brujería hasta los crímenes famosos, las aberraciones históricas y cosas así.

Además de todo eso, estaba ya allí Mae Driscoll. Y también Hugh Payton, empleado del francés. Ahora no se ocupaba de la taquilla ni de cuidar del museo en horas nocturnas. Estaba vistiendo muñecos sin cabeza, con ropas medievales, sin duda para un inmediato grupo destinado al recinto de cera.

Payton era un hombre que cojeaba ligeramente, arrastrando la pierna izquierda. Fornido, de cabello rapado, rostro ancho y poco inteligente, algo bobalicón. Musculoso, de aspecto vulgar, y acento *cockney* inconfundible.

Atendió humildemente al inspector Rolfe, aunque con algo de

desconfianza hacia el que, a fin de cuentas, era un policía. La gente como Payton, procedente de los bajos fondos de la ciudad, nunca había apreciado en exceso a los policías.

—Sí, inspector —afirmó, tras una vacilación—. Estoy a su disposición en lo que sea, pero temo que no podré ayudarle mucho…

Rolfe, mientras le respondía a eso, miraba de soslayo a Mae Driscoll. Y empezaba a entender los sentimientos de la señora Romain.

Mae era una auténtica bomba roja. Pelo rojo como una llamada, ojos verdes, boca carnosa, sensual, de un escarlata brillante. Formas opulentas, generosidad en sus curvas voluptuosas, envueltas ahora en un manto de fingido armiño. No tendría más de veinticinco años, y toda ella despedía sensualidad y seducción femenina. Pero no parecía particularmente interesada por Romain, al menos en su modo de mirarle. Con él… sucedía todo lo contrario.

—Pregunte usted a Payton —recomendó el francés—. Yo debo trabajar…

Y se despojó de su levita y abrigo, poniéndose a trabajar tras remangar su camisa, en el moldeado de un femenino rostro en cera. Dio algunas instrucciones a su modelo. Mae Driscoll comenzó a variar su gesto, hasta un punto de angustia y terror.

—¡Así, así, querida! —afirmó, con entusiasmo, Romain.

Rolfe giró la cabeza hacia Hugh Payton. Le hizo su primera pregunta:

—Usted trabajó anoche en el museo como guardián nocturno, ¿no es cierto?

—Sí, inspector. Me correspondía el turno a mí.

—¿Cuál era su horario?

—De once de la noche a siete de la mañana. Entonces cierro el museo, y a las ocho llega el señor Stevens, que cuida ya de poner todo en orden para el día de trabajo.

—¿Stevens? —se interesó Rolfe.

Habíase vuelto hacia Romain, para interesarse por aquel nuevo personaje. Se sorprendió al advertir la reacción de Mae Driscoll cuando él repitió ese nombre. Ella pestañeó, el manto de fingido armiño se deslizó de sus hombros desnudos, revelando toda la esplendidez de su torso exuberante, apenas velado por su corpiño

interior, y una rara turbación se apoderó de ella.

Mientras tanto, los dedos de Jean Louis Romain se hundieron bruscamente en la cera casi moldeada, estropeando su obra. Simulando no advertir tales reacciones, Rolfe insistió:

—¿Quién es Stevens?

—Paul Stevens —replicó, incisivo, el francés—. Mi socio y diseñador del museo, especialmente de la Cámara de los Horrores, todo creación suya en montaje, efectos, decorados y motivos elegidos.

—¿Joven? —preguntó Rolfe, significativo.

—Sí, joven —afirmó de mala gana Romain—. Unos treinta años…

—Y muy arrogante —rió Payton—. Las chicas se lo rifan, ¿no es cierto, señorita Driscoll?

Turbada, ella no dijo nada, limitándose a encogerse de hombros y cubrirse de nuevo con el manto blanco de falso armiño. El rostro de Romain revelaba disgusto y mal humor. Empezó de mala gana su moldeado otra vez.

—Bien; Stevens le suplió a usted en el cuidado del museo —suspiró el inspector—. Es suficiente. No me interesa sino el periodo de tiempo comprendido entre tres y cinco de la mañana. ¿Qué hacía usted entonces?

—¿De las tres a las cinco? —repitió Payton, indeciso—. Espere… A las tres hice una ronda por todo el museo. Es lo habitual. No había nada de particular. También eso es habitual. No sé de nadie que se interese en robar figuras de cera…

—Pero en la calleja trasera, alguien asesinó durante ese período de tiempo a un miembro de la policía a quien usted conocía muy bien: el cabo Morgan.

—Morgan… —se estremeció Payton. Humedeció sus labios—. Dios mío, no es posible que fuese él… quien murió esta mañana en Market Lane…

—Era él, sí. Degollado. —Rolfe le contempló glacialmente—. Pero hay motivos para suponer que no fue asesinado ahí, sino trasladado posteriormente hasta el callejón. Lo que yo quiero es saber si escuchó usted algo que pueda darnos una clave, algún indicio sobre la posible llegada de algún carruaje, de gentes. En fin, cualquier cosa fuera de lo normal que usted advirtiera durante la

noche.

—Pues no recuerdo nada —sacudió Payton la cabeza, perplejo —. Absolutamente nada, inspector.

—¿Seguro?

—Seguro, sí.

—¿Qué hizo después de su ronda de las tres?

—Tomé un pequeño refrigerio, también como de costumbre, y… y descansé un poco en mi conserjería…

—¿Descansó? ¿Eso quiere decir que… durmió?

—Bueno… —Payton tragó saliva—. Eché una cabezadita quizá… No muy profunda, la verdad…

—Durmió. ¿Pudo dormir, tal vez…, dos horas? —insinuó el inspector.

—¡No, no! —Protestó vivamente Payton—. Tanto como eso, imposible… Apenas fue durante unos minutos… Sentí un sueño profundo después de mi refrigerio y… descansé un rato.

—Entiendo. ¿A qué hora despertó exactamente?

—No podría decirlo. —Hugh Payton rehuyó su mirada—. Tal vez… una hora como máximo.

—Ya. —Rolfe sacudió la cabeza. Se daba cuenta de que Payton ignoraba el tiempo que pudo durar su descanso. Lo cual significaba que, tal vez, estuvo dos horas inconsciente. No, no era de fiar el tal Payton. Y no fió en sus declaraciones. Solamente en una conclusión definitiva, basada en sus palabras: no había oído nada en absoluto. No sabía nada.

—Mientras estuvo despierto, ¿no captó ruido alguno en el callejón, voces o cualquier cosa, como un rodar de carruaje, por ejemplo? —insistió, pese a todo, el hombre de Scotland Yard.

—No, nada. Podría jurarlo. No sé nada de nada.

—Bien… —Rolfe hizo un ademán expresivo—. Es todo, señor Payton. Gracias.

—¿Ya ha terminado, inspector? —Se sorprendió Romain, volviendo la cabeza y dejando de moldear nuevamente la cera de aquella cabeza femenina.

—Sí, ya terminé —afirmó escuetamente Rolfe—. Es suficiente con las preguntas que hice. No hay gran cosa en claro, por desgracia. Fuese lo que fuere lo que sucedió en el pasaje trasero…, no hicieron ruido. O Payton no lo captó.

—Lo más probable es eso último —suspiró Romain, que añadió en voz baja—: Payton acostumbra a dormirse profundamente cuando come y bebe…

—Lo suponía —convino Rolfe, dibujando a medias una sonrisa irónica—. Bien, *monsieur* Romain… Ha sido un placer visitar su estudio. Señorita Driscoll… Buenos días, y perdonen la molestia.

—No hubo molestia alguna, inspector —afirmó Romain, acompañándole a la puerta.

Y aún escuchó Rolfe las palabras de Mae Driscoll, la exuberante pelirroja, despidiéndole con frivolidad:

—Encantada, inspector. Le deseo suerte.

—Suerte… —se repitió Oliver Rolfe, ya en la calle, contemplando el viejo edificio del museo, y el no menos viejo situado junto a él, con su encristalada buhardilla destinada a estudio artístico—. Creo que voy a necesitarla para ver algo en claro.

Y cuando ya un carruaje le conducía de vuelta a Scotland Yard, se iba diciendo a sí mismo, con frío método de razonamiento:

—El museo… Romain modela figuras de cera sobre modelos de carne… De verdadera y muy seductora carne, por cierto. Su esposa Yvette está tremendamente celosa. Es una mujer enferma, inválida, que sospecha de todo y de todos. Su empleado, Payton, es un hombre tosco, vulgar, dado a comer fuerte y beber bien. Dado al sueño profundo. No piensa mucho. Ni le preocupa. Mae Driscoll, su modelo…, le tiene sorbido el seso a Romain. Pero ella piensa en otro hombre más joven, más atractivo, posiblemente soltero, capaz de casarse con ella: Paul Stevens, socio y colaborador de Romain en los trabajos y negocio de la cera… De toda esa gente no se saca nada en limpio. Nada. Nadie sabe cosa alguna. Y, si la sabe o la sospecha, la silencia… Que es como seguir sin saber nada. Me gustaría saber algo. Algo más de alguna de esas personas… De Jean Louis Romain, de su esposa, de Stevens, de Mae Driscoll, de Payton… Sobre todo, de Romain. Y de su modelo…

* * *

—Mae… Me hiciste esperar mucho tiempo. —Paul besó

apasionadamente a la joven pelirroja—. ¿Cómo te demoraste tanto hoy?

—No tuve otro remedio, querido —suspiró ella, oprimiendo con fuerza las manos del joven alto, atlético y rubio—. Ese hombre, cada día se pone más insoportable…

—¿Quién? ¿Romain, el viejo chiflado?

—Sí. Él y sus malditas figuras de cera… No sé, a veces nada de eso me parece real. El propio Romain parece tan viejo y caduco como sus figuras de cera, créeme. Y no mucho más lleno de vida.

—Pues según me contaste la otra vez, te hizo una proposición formal… —sonrió gravemente el joven.

—Oh, sí. Me ofreció una suma considerable, en un Banco y a mi nombre. Una villa en las afueras de Londres, una vida cómoda y fácil…, pero nada más.

—¿Qué otra cosa te podía ofrecer Jean Louis?

—Un apellido, una boda honesta. Eso sería diferente, y tú lo sabes, Paul.

—Romain no puede hacer eso. Es católico. Está casado con Yvette…

—Ya lo sé. Entonces, ¿por qué pretende conquistar a chicas como yo? No todas ceden a simple dinero, halagos y obsequios, Paul. Yo… yo quiero ser una chica con un marido, un hogar verdadero… Eso Romain no lo entiende.

—Quizá porque hace años que él no tiene hogar —suspiró Paul Stevens—. De cualquier modo, creo que su afición desmedida al museo y sus figuras de cera le están alterando el modo de ser. Yo trabajo en su misma especialidad, colaboro con él, soy su socio… y veo al museo, simplemente, como un comerciante vería su establecimiento. Una vez cerradas las puertas, me olvido de ello. Romain, no. El sigue obsesionado con crear nuevas maravillas, con buscar donde sea un motivo para horrorizar a la gente en la famosa Cámara de los Horrores.

—¿No te agrada, entonces, esa profesión? ¿No te gusta el negocio?

—Si he de serte sincero, Mae…, no. No me gusta. Empezó resultándome atractivo, pero ha llegado a hastiarme, y quizá tenga gran parte de culpa en ello el propio Romain. No sé, no encuentro agradable supeditar la propia vida a unos simples monigotes de cera

que no significan absolutamente nada.

—Oh, Paul, te confieso que yo tampoco deseo seguir en todo esto —murmuró de repente Mae Driscoll, precipitándose contra el pecho de Stevens, y besando cálidamente sus mejillas, sus manos, su boca—. ¿Por qué no dejas ese negocio, por qué no nos vamos a cualquier lugar que no sea Londres, lejos del Museo de Cera y de Jean Louis Romain? Yo misma dejaría de posar ahora mismo, aunque me queden todavía dos sesiones para esas figuras que desea llevar a la Cámara: la Reina Virgen presenciando la ejecución de María Estuardo.

—Te entiendo muy bien, Mae. Pero debes terminar de posar. No corre tanta prisa. Hemos esperado ya mucho tiempo. Y tengo que decirte algo: la próxima semana debo renovar mi acuerdo comercial con Romain, para el negocio del museo, o renunciar a él y percibir, en compensación, una suma de tres mil quinientas libras. Creo que voy a aceptar esto último, y desligarme de mi asociación con Romain.

—¡Sería magnífico! —Palmoteo ella, entusiasmada—. Pero Paul, recuerda que sólo tengo dos sesiones de María Estuardo… y Romain piensa añadir también a la colección las figuras de Juana de Arco y las víctimas de Jack el Destripador, con éste inclusive…

—Es un hecho demasiado reciente para resultar grato al público —se estremeció Paul Stevens—. Apenas hace dos años de esos horribles crímenes… y ya está pensando en sacarles beneficio en el museo…

—Pues su idea es fija. Me lo ha dicho ya. Me obligará a seguir posando. Una, otra, otra… ¡Y ya no lo soporto más!

—Está bien. Busca un medicucho cualquiera. Por un par de guineas te firmarán un certificado de enfermedad. Lo envías a Romain, y te quedas en casa estos días. Te avisaré a mediados de semana. Y resolveremos lo que se hace, una vez roto mi contrato con él.

—Pero… pero Paul, ¿y si luego te vuelves atrás?

—Te prometo algo, querida: ni me volveré atrás en romper mi compromiso con Romain…, ni tampoco en pedirte que te cases conmigo.

—¡Oh, Paul, eres un ángel, cariño mío! —estalló ella, emocionada, arrojándose en sus brazos.

* * *

—Y está decidido, Mervin. ¿Tú qué opinas?

—Me parece muy bien, si realmente piensas así y crees que vas a ser feliz.

—Lo seré. Es una chica maravillosa. Sólo deseo un hogar. Yo se lo ofrezco. Es natural que deteste la idea de seguir entre muñecos de cera, tan muertos como cadáveres, ¿no crees?

—Sí, no deja de ser frío y desagradable verse siempre rodeado de figuras de cera que pretenden tener vida. Apruebo lo que Mae decidió. Y también tu propia decisión. Eres demasiado joven para enterrarte en un negocio como ése. Siempre que veo la entrada al museo de Romain pienso que es como enfrentarse a un gran panteón, a la puerta de una cripta, a un cementerio monstruoso, en el que se ha pintado artificiosamente un color vital y una mueca de falsa sonrisa a cada difunto, para intentar animar el aquelarre. ¿Cómo pudiste meterte en eso?

—Fue cosa de mi padre. A él le encantaban esas cosas. Se asoció con Romain, y juntos crearon ese museo como un negocio. Papá murió en seguida, y me resistí a ir contra su voluntad, renovando el convenio, aunque no poseía demasiado dinero entonces. El negocio ha ido bien, la verdad, y los dividendos a repartir son muy considerables, pero…, como tú dices, todo eso huele a cosa muerta, a polilla y a polvo. Dejaré que Romain siga adelante con ello. Es un apasionado del tema. Además, sabe modelar auténticas maravillas en cera. Eso le irá bien, seguro.

—Y tú… serás un burgués, casado y confortable —rió su amigo de buena gana, apurando la cerveza de la jarra. Luego consultó su reloj de bolsillo, volviendo a guardarlo en el chaleco cruzado—. ¿Vamos ya?

—Sí, vamos. Empieza a ser algo tarde. —Paul Stevens se bebió el resto de su copa de *brandy*, y juntos salieron de Las Armas de Sherwood. Su amigo detuvo con un gesto un carruaje libre que cruzaba ante ellos. Antes de separarse, el joven socio de Romain preguntó a su amigo—: ¿Tú cuándo te casas, Mervin?

—Estoy demasiado ocupado para pensar en ello —rió Mervin Lane, con gesto voluble—. Ahora no sólo me ocupo de la sección literaria del *Mail*, sino también de la columna de actualidad en la

que, por cierto, he hablado ayer mismo de vuestro inefable museo, aunque no con motivo de las figuras de cera precisamente…

—Entiendo, Mervin. Hablaste de… ¿de la muerte del policía?

—Exacto. Son demasiados actos delictivos últimamente en Londres. Ese cabo Morgan es uno más, pero sus circunstancias, particularmente sangrientas, me forzaron a escribir una diatriba contra la escasa eficacia de nuestra policía. Mi amigo, el inspector Oliver Rolfe, lo ha encajado bastante mal, pero no puedo hacer otra cosa. Ser cronista de la ciudad exige un mínimo de honestidad en lo que se escribe, Paul.

—Supongo que a Romain, sin embargo, le habrá encantado ver que su museo aparece citado en la columna diaria del *Mail* —se quejó amargamente Stevens—. Él y su Cámara de los Horrores… Es la sección del museo que más cuida. Como si fueran hijos suyos cada uno de los horribles monigotes allí exhibidos, para malestar del visitante.

—Así es la vida. Publicidad para unos, molestias para otros… La policía no es un negocio, Paul. Ahí está la diferencia…

Ambos amigos rieron, mientras Lane ponía un pie en el estribo del coche detenido ante ellos. Miró a Paul con interés.

—¿Vienes conmigo? Puedo dejarte donde desees —le invitó.

—No, gracias. Nos encontramos en la taberna porque tenía algo que hacer aquí cerca, en casa del abogado Pittman. Voy a anular hoy mi contrato con Romain.

—Está bien. Espero que no te arrepientas, si es tan buen negocio como dices —rió Mervin Lane, cerrando ya la portezuela y acomodándose dentro del carruaje.

—Puedes estar seguro de que jamás me arrepentiré de haber dejado todo eso, para ser el esposo de Mae —afirmó Paul Stevens, despidiendo a su amigo con un gesto.

Emprendió la marcha por la acera, mientras Mervin Lane se alejaba, siempre aristocrático, frío y observador, como era él, dentro del vehículo de alquiler, hacia la City.

Paul encaminó sus pasos hacia la oficina del abogado Pittman, el hombre que debía desligarle definitivamente de Jean Louis Romain y de su insoportable museo de figuras de cera.

CAPÍTULO IV

Jean Louis Romain contempló el mensaje recién llegado a su casa. Venía en un sobre con membrete de Pittman & Pittman, Abogados. La nota era escueta, impersonal. Como la de todos los abogados:

> Señor Romain:
>
> Con esta fecha, su socio, Paul Stevens, anula legalmente su compromiso contractual con usted, desligándose como socio, amparado en el derecho que le concede la cláusula decimosexta de su convenio mutuo, por la que usted se obliga a abonar a mi cliente tres mil quinientas libras de indemnización en el plazo máximo de treinta días, y quedando usted como dueño único y absoluto del museo que lleva su nombre.
>
> Espero acepte esta resolución y el contrato de asociación se anule amistosamente.

Seguía la despedida de rigor, y la firma de John F. Pittman. Eso era todo. Y era suficiente para Jean Louis Romain.

—Renuncia… ¡Paul renuncia! —Jadeó, entre dientes, estrujando el papel—. Creo entender… Sí, me parece que entiendo bien. No le mueven motivos financieros, sino personales… Ese dinero le servirá para iniciar otros negocios… ¡con Mae a su lado!

Luego, su mano nerviosa, trémula, se hundió en el bolsillo de su batín de seda roja. Extrajo el documento recibido aquella tarde por correo. Lo remitía Mae Driscoll, con una simple nota manuscrita, que él estudió, irritado:

> Lo siento, Jean Louis. No me encuentro bien. Ya nos veremos.

Firmaba con un garabato y su nombre: Mae. Con ese papel, el

certificado médico. Mae Driscoll, según un cierto doctor L. J. Jeremy, padecía una pequeña infección gástrica, complicada con un proceso catarral agudo, que le exigía guardar cama y no ser molestada.

Todo demasiado casual, demasiado coincidente, pensó Romain. Muchas misivas y escritos a la vez. Todos adversos. Claro que era buen negocio dejar a Stevens fuera del museo. Demasiado bueno. Cualquier otro asociado, en su lugar, hubiese podido ofrecer a Paul una suma doble de la convenida en contrato para que renunciase a la sociedad. Pero eso no complacía a Jean Louis. Todo lo contrario. En aquel cúmulo de hechos insólitos había una misma causa: ¡Mae Driscoll!

—Es por ella… —mascculló entre dientes—. ¡Es por ella, maldito sea! Se la lleva consigo… y no puedo hacer nada por evitarlo…

No se había dado cuenta de que la luz, en su gabinete, se había extinguido. Sólo le venía de la calle un resplandor difuso, a través de las vidrieras del balcón. Se estaba formando una espesa niebla en las calles, como casi todas las últimas noches. Un grupo de muchachos canturreaba una canción grotesca, junto a la cuchillería, en cuyo escaparate la luz de gas de una farola hacía centellear hileras completas de tijeras, de cuchillos, de navajas de afeitar…

Miraba como fascinado aquella serie de aceros rutilantes y siniestros. Una muchacha pelirroja, de anchas faldas, cruzó la calle, y Romain se estremeció. Pero descubrió su cofia blanca y su delantal almidonado. En una cesta llevaba pan. Era solamente una criada que volvía de la compra al anochecer.

Se llenó repentinamente de luz su gabinete. Volvióse Romain, sobresaltado, encarándose con aquella fuerte claridad amarilla, oscilando en una mano de Abigail Hawkins, mientras con la otra, la mujer enlutada conducía la silla de ruedas de Yvette. La mirada de ésta, ardiente y fija, se clavo en su marido.

—¿Qué hacías aquí a oscuras? —masculló—. ¿Meditar sobre tu trabajo… o evocar a tu amada pelirroja?

—Calla de una vez, Yvette —se enfureció él—. Solamente miraba a la calle. Eso es todo.

—La calle… —repitió, sarcástica, su mujer—. ¿Desde cuándo miras tú a la calle, a menos que ella te haya dicho que va a pasar por aquí? Me das asco, Jean Louis. Asco y desprecio. Eres un viejo

baboso intentando seducir todavía a las chicas jóvenes, sin pensar que ellas te hacen caso sólo por tu dinero…

—¡Te he dicho que calles, maldita seas! —aulló Romain.

—Vaya, ya me insultas y todo, ¿eh, querido? —bromeó ella cruelmente. Engarfió sus manos en los brazos de la silla de inválida —. ¡Hacen mucho daño las verdades, Jean Louis! ¿No te has mirado al espejo, quizá, antes de pensar en idilios apasionados con tus modelos?

—¡Mírate tú al espejo, arpía, y verás lo afortunada que eres aún, cuando un hombre como yo te soporta! —rugió Romain, perdida la calma y el control de sí mismo.

Y aferrando un jarrón de porcelana, lo arrojó contra un espejo de marco dorado, que hizo añicos, viniéndose abajo entre fragmentos de pulverizada porcelana. Abigail Hawkins, que había puesto el quinqué sobre una mesa, trató de calmarle, con voz profunda y educada:

—Por Dios, señor Romain, no se ponga así… Su esposa ha sufrido esta tarde una seria crisis nerviosa, aunque usted no lo sepa, y ella…

No pudo continuar. La puerta se cerró violentamente, de golpe, tras de Jean Louis Romain, cuyas pisadas se perdieron escaleras abajo, camino de la calle. Abigail respiró hondo, sin saber qué más decir.

La inválida Yvette Romain habló despacio, tras una penosa pausa:

—Déjelo, Abigail… Sería inútil que le contara mis cosas. Él no ve más que su museo, sus figuras de cera, sus modelos… Esas malditas formas, sean de cera o de carne humana, le tienen obsesionado… Por ellas sería capaz de todo, amiga mía. Incluso de matar…

—Matar… —Abigail Hawkins se estremeció, inclinando la cabeza—. Por Dios, no diga esas cosas, señora…

Yvette no contestó. En el suelo había dos papeles caídos de las manos crispadas de su esposo. Los tomó, leyéndolos en silencio a la luz del quinqué, sin que Abigail interviniese para nada. Era el mensaje del abogado Pittman y el breve escrito de Mae Driscoll.

La señora Romain rió entre dientes, guardando ambos escritos. Luego, ante la sorpresa de su dama de compañía, habló risueña, casi

complacida:

—No vale la pena, Abigail. No debemos indignarnos con el señor… Esa mujer va a dejarle… Y su socio, también… Jean Louis va a encontrarse pronto muy solo… y tal vez entonces me necesite a mí…; al menos hasta que salga otra modelo como Mae Driscoll.

—¿Y… se conformará usted, señora? —Dudó Abigail, iniciando el movimiento de la silla a un gesto imperativo de su patrona.

—No me queda otro remedio, Abigail. No hay otro remedio que saber perder… cuando se está en mi situación… —dijo, extrañamente, Yvette. Luego, su rostro hizo una mueca maligna, y añadió con voz sorda—: Pero si un día todo esto cambiase…, Jean Louis iba a saber quién era su esposa Yvette… Sólo que entonces sería demasiado tarde para que pudiese rectificar ninguno de sus errores… Vamos, Abigail, vamos. Llévame al dormitorio. Creo que me siento cansada. Muy cansada…

El rodar de la silla de inválida por la casa fue el único ruido en los siguientes momentos, silenciosas ambas mujeres en su mutua soledad.

Afuera, la niebla se hacía más densa por momentos.

Los niños habían dejado de cantar en corro cerca de la cuchillería. Y cada vez transitaba menos gente por las peligrosas calles de Londres en las noches de intensa bruma.

* * *

Paul Stevens se sentía muy feliz esa noche.

Sabía que su socio había recibido ya la comunicación del abogado Pittman, y que Mae Driscoll se quedaba en casa, fingiendo una enfermedad. Eso empezaba a arreglar las cosas conforme a sus planes. Pero aún faltaba lo más importante: dejar Londres muy lejos, casarse en cualquier pequeña población y seguir hacia alguna parte, donde Romain no imaginara que podían estar.

Paul no temía en absoluto a su socio, pero Mae estaba preocupada, y afirmaba que Jean Louis, en su obsesión, era capaz de cualquier cosa. Stevens, que sabía con cuánta frecuencia había sentido Romain obsesiones por sus diversas modelos, no veía las cosas tan trágicamente, ni mucho menos. El viejo francés terminaría

resignándose, en cuanto apareciese otra chica con las medidas anatómicas de Mae, poco más o menos.

Y eso no podía tardar en suceder. Romain necesitaba siempre rostros femeninos para sus atormentadas heroínas en la Cámara de los Horrores.

Ya quedaba poco por resolver, antes de la partida con Mae, a realizar lo antes posible. Ni siquiera debía volver a terminar su trabajo para María Estuardo. Era mejor así. Unas guineas más carecían de importancia. Y Romain desharía lo que tenía medio terminado, empezando de nuevo con su siguiente modelo. Lo había hecho así otras veces.

Stevens se abotonó su macferlán a cuadros grandes, escoceses, y tomó su gorra, encaminándose a la salida de su piso de soltero en la City. Tomaría un carruaje hasta Spitalfields y recogería sus cosas del museo. A estas horas, nunca se encontraba allí Romain. Eso evitaría una situación embarazosa.

Llegó a Quaker Street poco después de las once y media de la noche. Como esperaba, todo estaba cerrado ya: establecimientos de bebidas en las cercanías, viviendas y, desde luego, el propio museo.

Sonrió. Los ingenuos cartelones, las inefables frases de propaganda montadas por el viejo Romain, le causaban hilaridad. Sólo podían impresionar a niños y a domingueros. Aquel museo era lo más parecido a un barracón de feria, y Stevens lo sabía. Sólo Romain, con sus aires de artista y creador, quería convertir aquello en algo realmente importante.

Paul se acercó al museo con paso decidido. La niebla era densa. No vio transeúntes por parte alguna. En algún, lugar sonaba la música callejera de un organillo de vagabundo, pero eso era todo. Tampoco descubrió al policía de turno, posiblemente en otro punto de la zona en esos momentos.

Llegó a la puerta principal. No le gustaba entrar por la parte trasera. Incluso antes de morir el cabo Morgan, Market Lane le pareció siempre un lugar siniestro y poco recomendable para transitar por él a ciertas horas de la noche.

Extrajo una llave. Él tenía acceso al museo por cualquier entrada, incluso la principal. Para eso había sido socio del negocio hasta pocas horas antes. Abrió la cerradura. Posiblemente Payton anduviese por allí ahora, arrastrando su pierna rígida, su indolencia

y, tal vez, su borrachera.

—Hace falta estar muy borracho para convivir durante toda una noche con figuras de cera —se dijo Paul, encogiéndose de hombros y disculpando las faltas que pudiera cometer Payton en ese terreno.

La puerta ya estaba abierta. Paul Stevens entró en el museo. Cerró tras de sí, y buscó a tientas el mechero de gas de la lámpara de servicio, a su izquierda en el muro. Lo encontró, encendiéndolo y graduando la llama bajo el globo de vidrio decorado. Luego, avanzó por el amplio vestíbulo, entre figuras de cera de importantes personalidades actuales, inglesas o continentales, artistas y políticos, escritores y militares. Ellos formaban la primera parte del museo propiamente dicho, en una serie de hasta cuatro salones. Después, tras un muro, un corredor angosto, entre fingidas piedras húmedas y luces rojas, dantescas, se penetraba en la famosa Cámara de los Horrores, orgullo de Jean Louis Romain.

Paul tenía sus cosas en la pequeña oficina, y ésta se hallaba justamente al lado del acceso a la cámara. Tuvo que cruzar todo el museo, entre las figuras de cera que formaban el silencioso y rígido mundo de Romain, para llegar al cubículo, abrir su puerta y entrar en el pequeño recinto, donde guardaba documentos, algún dinero, objetos personales y hasta un viejo maletín, donde depositó todo, saliendo nuevamente y disponiéndose a abandonar el museo, de regreso a su casa.

Entonces, sorprendido, se detuvo un momento. Giró la cabeza y escuchó.

Era raro, pero se escuchaba algo procedente de la Cámara de los Horrores. Aguzó el oído, escudriñando hacia la entrada falsamente siniestra que dispusieran él y Romain, como escenografía adecuada para meter en situación al visitante del recinto.

Descubrió un resplandor rojizo, y se extrañó.

Esas luces nunca se dejaban encendidas ni se hacían funcionar durante la noche. No creía que Payton se entretuviese en admirar él solo aquella serie de pavorosas escenas. Ni siquiera un tipo como él, a salvo de temores o supersticiones, encontraría placer alguno en verse rodeado de monstruos humanos, asesinos perversos todos ellos, con víctimas ensangrentadas y en postura y gestos demoníacos, de maldad y de odio feroz.

Lo más raro era el ruido. Como si hubiera algún movimiento en

la cámara. Como si alguien se moviera allá, entre los maniquíes de cera…

Eran pisadas. Y algo más. Un jadeo. Un extraño jadeo que se ignoraba si procedía de una o de diez gargantas a la vez. Roces en el suelo. Murmullos fantásticos, espectrales… La luz roja bailoteó extrañamente, como si soplara un inapreciable aire gélido llegado de alguna parte…

Paul Stevens sacudió la cabeza, perplejo. No, eso no tenía sentido. En un terreno sobrenatural, podía aceptarse que los muertos volviesen a la vida. Pero los muñecos modelados en cera, no. Ésos no podían tener vida propia, en modo alguno. Sólo que ahora… lo parecía.

—Ese Payton debe haberse trastornado. Tal vez durante las noches se divierte en cosas así —dedujo al fin Stevens, en un murmullo—. No puede ser otra cosa. Habla solo, pasea entre las figuras de cera, enciende las luces, acaso incluso las mueve, cambiándolas de lugar, Pero si hace algo así, puede terminar dañando el museo. Ya no tengo nada de parte en él. Sin embargo, no sería justo que Romain sufriera las consecuencias de una chifladura así… Yo le voy a decir a Payton unas cuantas cosas…

Avanzó, decidido. Se internó por el pasadizo de fingidas piedras húmedas y lóbrega apariencia, como entrando en una mazmorra natural, que sólo era producto de su propia imaginación creadora como escenógrafo…

Al otro lado se vio inmerso en la iluminación roja, demoníaca, de la Cámara de los Horrores. Las luces de gas, con sus pantallas de vidrio rojo, extendían su luminosidad fantasmal por doquier. A su claridad, sombras gigantescas, inquietantes, se proyectaban en los muros, fingiendo monstruosas presencias vivas en una enorme mazmorra donde todas las atrocidades humanas, desde la tortura al crimen y desde la ejecución al ensañamiento sanguinario, parecían posibles.

Seres auténticos, personajes históricos, víctimas famosas, monstruos creados por la imaginación de los escritores, o simples leyendas o mitos espectrales, poblaban aquel inframundo de cera, horrible sinfonía en el amarillo céreo de la muerte y el rojo violento de la sangre derramada.

Las escenas y diagramas no podían impresionar a Paul Stevens,

creador de sus efectos y juegos de luces. Pero repentinamente, aquellas docenas de ojos de vidrio, luminiscentes en la penumbra, desde máscaras de rígida cera, parecieron ominosamente fijos en él, como una amenaza dantesca llegada de otro mundo imposible y atroz.

Buscó en vano con la mirada. Payton no aparecía. Pero alguien tuvo que encender aquellas luces, alguien se había movido allí dentro, ocultándose acaso entre las figuras de cera…

Paul se decidió rápidamente. Movióse entre las diversas agrupaciones de personajes, en estéril búsqueda de alguien con vida. Se detuvo junto al ataúd de Drácula, mirando en torno con aire pensativo, indeciso. Sin importarle demasiado que las amarillas garras del vampiro estuviesen cerca de su cuello, y que los ojos de vidrio de la figura le contemplasen desde el rostro céreo, maligno, con diabólica fijeza. Un soplo de aire, llegado de alguna parte, agitó su capa, haciéndola crujir levemente.

Stevens se volvió, con un leve sobresalto. Se sonrió al ver la capa de Drácula moviéndose aún ligeramente. Sacudió la cabeza.

—Empiezo a imaginar cosas —se dijo. Luego, arrugó el ceño—. Pero ese aire…, ¿de dónde vino? Aquí no hay corrientes, cuando todo está cerrado…

Se apartó del féretro de Drácula, y pasó junto al horrible y velludo míster Hyde, que emergía del elegante doctor Jekyll, en un desdoblamiento físico de personalidad. Por primera vez, Stevens casi sintió aprensión de aquella espantable galería de monstruos, reales o no.

Parado en medio de la cámara, llamó, ya acremente:

—¡Payton! ¡Payton! ¿Dónde diablos se ha metido? ¡Payton, responda en seguida! ¿Qué es lo que está haciendo, en vez de vigilar todo esto como es su obligación, maldito sea?

Descubrió allá al fondo la cabina donde habitualmente se alojaba el vigilante nocturno, tras unos espesos cortinajes rojos que, durante las horas de funcionamiento del museo, permanecían corridas, velando el lugar destinado a la vigilancia nocturna del recinto.

Inesperadamente, a su espalda hubo un rumor de pasos.

Pasos.

Paul Stevens se paró en seco, asombrado. Dio media vuelta con

rapidez, para sorprender al posible intruso.

—¡Nooo! —Escapó agudamente el grito de su garganta—. ¡Oh, no! ¡Eso… eso NO ES POSIBLE!…

Alzó sus brazos, atónito, y retrocedió. Aquello vino hacia él, aunque no fuese posible. La sombra se proyectó sobre su rostro y cuerpo como la de un espectro. Luego hubo un raro jadeo en el recinto. Un sonido inhumano…

Stevens, lívido, siguió retrocediendo. Se golpeó contra el patíbulo de la Torre de Londres, y tropezó, a punto de caer. De su boca escapó un alarido. Sus cabellos se erizaron.

Miró a todos lados, como esperando hallar una vía de evasión, una solución a aquel horror… No existía. Lo que vio al girar los ojos hacia otro lado le hizo palidecer mortalmente y exhalar un grito ronco, casi un estertor. Luego, a la desesperada, tomó impulso, dominó su pánico y echó a correr.

Corrió hacia la salida de la Cámara de los Horrores, la misma por la que había penetrado en aquel rígido mundo de figuras de cera. Estaba seguro de que, cuando menos, podía evadirse de aquella increíble pesadilla…

No. No era posible. La sombra se proyectaba sobre él de nuevo. Algo, alguien, se movía hacia él, inexorable… Unas manos se alzaron, recortándose con nítida sombra en los altos muros de la falsa mazmorra…

Aquellas manos esgrimían un hacha. Una tremenda, gigantesca, formidable y afilada hacha, cuya hoja centelleó con rojo fulgor, al recibir la luz de las lámparas escarlata. El hacha, de repente, bajó.

El largo alarido de pavor y agonía de Paul Stevens rebotó en los muros, entre los grupos de céreas figuras… En la pared, repentinamente, se vio un cuerpo que terminaba en los hombros. Dos chorros hirvientes de sangre surgían en tumulto de las arterias hendidas… Algo rodó siniestra, lúgubremente, por el suelo de la Cámara de los Horrores, yendo a parar junto al mismo cesto donde el verdugo de la Torre de Londres parecía siempre a punto de hacer caer las cabezas de sus víctimas de cera.

Paul Stevens, decapitado, dio volteretas por el suelo, ante siniestras miradas de vidrio, sanguinolentas por el reflejo de las luces en una sangre que ya no era solamente cera coagulada.

El jadeo horrible se fue ahogando despacio, muy despacio. Se

hizo un silencio horripilante. Dejó de percibirse rumor de pasos. Alguien dejó de esgrimir un hacha sangrante…

Y la calma eterna, silenciosa, volvió al museo de figuras de cera.

CAPÍTULO V

Mervin Lane consultó su reloj. Se puso en pie, con un suspiro.

—Me temo que no vendrá, señorita Driscoll —dijo al fin.

Mae Driscoll, inquieta, se mordió el labio inferior. Clavó su mirada en Lane, impaciente.

—¿Por qué supone que no vendrá? Me dijo que cuando quisiera buscarle lo hiciese aquí, en este lugar, si no estaba en su casa… Y vengo ahora de su domicilio. No está tampoco allí, señor… señor…

—Lane. Mervin Lane —sonrió el joven alto, aristocrático, de oscura levita, expresión risueña e inteligente y elegantes ademanes —. Soy viejo amigo de su… su prometido, Paul Stevens. Él me ha hablado de usted, señorita Driscoll. La reconocí apenas me dijo el conserje que usted quería ver a toda costa al señor Stevens.

—Pero… pero él es socio de este club, ¿no es cierto?

—Claro, señorita Driscoll —asintió Lane, con un suspiro—. Si quiere sentarse y tomar un oporto, es cuanto puedo hacer por usted. Pero a las horas que son, Paul no vendrá ya por aquí; puede estar segura de ello.

—Solamente son… las… las dos de la tarde… —balbució Mae, preocupada.

—Conozco las costumbres de Paul —aseguró Lane, paciente—. Si no ha llegado antes de las doce, ya no viene. No le gusta vegetar en el club, y hace muy bien. Créame, habrá tenido que hacer algo que le retenga en alguna parte.

—¿Qué pudo hacer que le obligase a no acudir en toda la noche a su casa, ni siquiera a dormir? —Protestó ella vivamente.

—Bueno, yo… —Mervin sonrió maliciosamente, y entornó sus chispeantes ojos grises, burlones—. Podría decirle un montón de sitios en Londres donde un hombre joven, soltero y ansioso de diversión, se lo pasaría en grande, sin necesidad de ir a su casa en toda la noche.

—Paul no es de ésos. No ahora, señor Lane, estoy segura. Me dijo que estos días no saldría de casa, o estaría en el club, si no iba a verme a mi casa antes. Esta mañana le esperé hasta las doce. No sé nada de él, y estoy preocupada.

—Mi querida señorita Driscoll, Londres ofrece hoy un día soleado y apacible —suspiró Mervin Lane, señalándole por las ventanas el aspecto del Strand—. ¿Qué le hace sentirse pesimista?

—Un presentimiento —dijo ella, estremeciéndose.

—¿Un… presentimiento? —Por vez primera, Mervin arrugó el ceño y la miró—. ¿Qué clase de presentimiento exactamente?

—No lo sé. Quisiera explicárselo y no puedo. Me temo que algo le suceda. Él… él dijo que nunca volvería al museo. Que hoy saldríamos de viaje, lejos de Londres, a casarnos en Liverpool o en Manchester… Pero no ha sido así. No ha venido. Y presiento que, tal vez, acudió al museo para despedirse, para recoger algo, y eso… eso pudo causarle problemas.

—Ningún problema le retendría todo el día en el museo, ¿no cree?

—Si depende de él…, no. Pero es que… ¡Oh, Dios, no sé! Temo algo malo, muy malo, señor Lane…

—Está bien. —El joven periodista movió la cabeza—. Escuche, señorita Driscoll. A las cinco debo estar en la redacción de mi periódico y escribir el artículo que saldrá en la edición de mañana. Pero Paul es mi amigo, y ya que usted insiste…, iremos juntos al museo, si lo desea.

—¡Oh, no, yo no! —protestó ella vivamente, abriendo mucho los ojos y retrocediendo.

—¿Por qué usted no? No tiene nada que temer yendo conmigo —sonrió Lane. Se golpeó el pecho, significativo—. Incluso llevo una pistola conmigo. Nunca la uso, pero si he de ir por Londres a altas horas de la noche, no deja de ser una buena compañía, tal como está la delincuencia en nuestra ciudad. ¿Va a venir o no? Será sólo un momento. Y comprobará que a su querido Paul no le sucede nada.

—Pero es que *monsieur* Romain y yo…

—Conozco la historia. No debe preocuparse. Es muy dueña de terminar su trabajo cuando lo desee. Nadie puede obligarla.

—Ese hombre me asusta…

—¿Romain? Todos los viejos que se enamoran de una jovencita asustan en principio. Pero no acostumbran a ser peligrosos. Además, tengo amistad con el inspector Rolfe, de Scotland Yard. Si se pone terco, yo manejaré el asunto. No podrá exigirle nada. Vamos, venga conmigo, muchacha.

Al final, dócilmente, ella le siguió.

* * *

—No —negó fríamente—. No ha venido por aquí. No le hemos visto.

—¿Está seguro, *monsieur*? —insistió suavemente Mervin Lane.

—Muy seguro —afirmó con voz chirriante el francés—. Mi exsocio no tenía motivo alguno para volver al museo. Ya no tiene nada que hacer aquí. Si es amigo suyo, debería saber que ha renunciado a su sociedad conmigo.

—Sí, lo sé —afirmó secamente Lane—. Pero no sabemos nada de su actual paradero. Por eso pensé que usted…

—Pensó mal, señor Lane —cortó Romain—. Y si ha sido idea de esa joven que le acompaña, su error es aún mayor. No tengo interés alguno en ocultar a Paul Stevens para nada. Acaso él haya tenido motivos para ausentarse, cambiando de idea.

—Sabe que él no haría nunca eso, *monsieur* Romain —replicó ella, agresiva.

—Eso es lo que tú supones. —El francés la miró, dolido—. ¿De modo que ya no soy Jean Louis para ti? ¿No vas a continuar posando hasta terminar con mi rostro de María Estuardo?

—No, no volveré a posar. Ni contigo ni con nadie —cortó Mae Driscoll, dominando su propio temor hacia Romain—. Paul y yo vamos a casarnos. Eso se terminó.

—Bien. Te deseo mucha felicidad… —jadeó Romain, con voz ahogada—. Pero busca a tu Paul en otro lugar. Aquí no está. No he vuelto a verle.

—Se lo dije, señorita Driscoll —sonrió Mervin—. Paul aparecerá por su casa en cualquier momento. Era ridículo buscarle aquí. Dadas las circunstancias, él no vendría. A menos que tuviera aquí alguna cosa suya…

—Espere —habló Romain—. Sí tiene algo. Vengan conmigo. Está dentro, en su oficina.

—No, no entraré —susurró ella, estremeciéndose—. Esa oficina… está junto a la Cámara de los Horrores…

—Tonterías —rió Lane—. En fin, como quiera. ¿Me espera aquí fuera?

—Sí. No tarde, se lo ruego. Este lugar me asusta… incluso de día.

—Nunca te asustó antes de ahora —le recordó fríamente Romain.

—Es cierto —asintió ella—. Es… es como mi presentimiento sobre Paul. Algo que no puedo evitar. Hay algo maligno aquí. Lo puedo casi sentir en mí misma…

Lane sacudió la cabeza, siguiendo al silencioso Romain hasta el cubículo de vidrio, vecino a la entrada a la Cámara de los Horrores. Pese a lo intempestivo de la hora, había dos parejas visitando el museo, con un folleto explicativo en su mano.

—Ahí tiene ese maletín —dijo Romain, señalando una valija de cuero negro, algo vieja—. Tenía también documentos y algunas cosas suyas… Ignoraba que las hubiera recogido.

Lane abrió el maletín. Le bastó remover un poco para comprobar que todo estaba allí. Sacudió la cabeza afirmativamente.

—Déjelo ahí —habló—. Es evidente que no ha venido por aquí aún…

—Ya se lo dije. Esa chica, Mae Driscoll… No sé qué le ha ocurrido. Antes venía aquí sin temor, posaba para mí en mi estudio, junto a este museo… ¿Usted entiende a las mujeres, señor Lane? Nunca me propasé con ella. Le ofrecí lo que podía ofrecerle, caballerosamente. No aceptó. Pero no sólo eso. Eligió a mi socio, que es soltero. Y, además, ha empezado a temerme, no sé por qué. Si ha de ser feliz con él, es cosa suya. No me meteré en su vida.

—Sí, las mujeres siempre son complicadas, *monsieur*. Dejaremos ahí este maletín hasta que venga Paul a por él y… ¡Hola! ¿Qué es esto?

—¿El qué, señor Lane?

—Estas tres pequeñas manchas circulares, sobre el cuero y la cerradura… —señaló Mervin el maletín—. Son oscuras, como de óxido… Parecen… sangre.

—¿Sangre? —Dudó Romain, enarcando las cejas—. ¿Por qué habría de serlo?

—No sé. —Lane rascó la mancha en el metal, y frotó el polvillo oscuro—. Sangre seca, pero no antigua… Quizá hace menos de veinte horas que está ahí…

—No entiendo… A menos que Payton, el vigilante nocturno haya tenido alguna hemorragia o se haya cortado, no es fácil que nadie manche de sangre algo de este museo: Aquí, toda la sangre está fingida en cera…

—Sí, ya lo imagino —suspiró Lane, sacudiendo la cabeza—. En fin, no me haga caso. Tal vez esa chica, con su imaginación, me ha llegado a hacer ver cosas raras donde no las hay.

Mervin Lane se despidió de Jean Louis Romain. Salió del museo, pensando en aquellas pequeñas manchas de sangre. Se arrepentía de haber mencionado el hecho a Romain, pero eso no tenía ya remedio.

Mae Driscoll paseaba al sol, por la acera del museo, y respiró con alivio al verle venir. Le dirigió una mirada interrogante que era casi patética.

—¿Y bien…? —musitó.

—Como le dije, señorita Driscoll. Paul tiene ahí todas sus cosas todavía. No ha venido a recogerlas. Váyase a su casa ahora, y espere. Buscaré a Paul y le haré ir en seguida para que la tranquilice, muchacha.

Al cruzar la acera, hacia un carruaje allí detenido, una voz agria resonó cerca de ellos deteniéndoles en su marcha:

—¡Vaya, si es la bellísima señorita Driscoll en persona! ¡Qué desfachatez, venir aquí a despedirse de mi marido!

Se volvieron ambos. Mae miró con frialdad a la mujer que, sobre la silla de ruedas, venía por la acera, conducida por la enlutada Abigail Hawkins. La expresión y mirada malignas de la inválida hubieran fulminado a la joven, de tener esa facultad su dueña.

—Usted, señora Romain… —musitó Mae, cohibida—, no sabe lo que dice… Nunca tuve nada con su esposo, ni hubiera aceptado ninguna relación indigna…

—¡Calla, víbora! —aulló la dama, atrayendo la mirada de algunos curiosos—. ¡Eres una vulgar mujerzuela, una atrevida bribona, digna de andar ganándote tu sustento por la noche,

recorriendo las calles de Londres!

—Me ofende, señora. Soy modelo de pintores y escultores, siempre lo he sido —replicó, con aire arrogante, Mae.

—¡Yo sé bien lo que tú eres, jovencita! —Silabeó Yvette Romain —. ¡Ahora te aferras a Paul Stevens porque es más joven y lo bastante imbécil para casarse contigo, pero también porque tiene dinero! Y ese jovenzuelo que te acompaña, ¿quién es, encanto? ¿Otro de tus amigos íntimos tal vez?

—Señora, usted sufre un error —cortó ahora Mervin Lane, con frialdad—. Soy amigo de Paul Stevens, y he acompañado a la señorita Driscoll a buscar a su prometido, porque en estas últimas horas no le ha sido posible dar con él, y teme que haya podido sucederle algo.

—Toda su palabrería no va a convencerme, jovencito —replicó la dama, airada.

—Peor para usted, señora, si alberga tanto veneno dentro de su ser como para verlo todo sucio y corrompido —acusó secamente Lane—. Créame que me da mucha más lástima por eso que por todo lo demás… ¿Vamos, señorita Driscoll?

Y tomándola del brazo, se la llevó hasta el carruaje, seguidos ambos por las palabras cortantes y acres de la mujer que, sujeta a una silla de inválida, daba salida a toda su amargura y despecho en aquella forma violenta y agresiva.

Estaban subiendo al carruaje, cuando Abigail hizo pasar cerca de ellos a la esposa de Romain, para luego enfilar la puerta del museo, adonde se dirigía sin duda en su paseo la malintencionada mujer.

Los ojos de Abigail se fijaron en Lane y en Mae a través de los vidrios color humo de sus lentes, y el poco agraciado rostro, bajo el cabello peinado sin gracia, reveló un gesto humilde de disculpa, al tiempo que movía la cabeza, como lamentando aquel incidente.

El carruaje se alejó, mientras la señora Romain y su dama de compañía se perdían hacia el interior del museo. Mervin Lane respiró hondo.

—¡Uf, qué señora! —comentó. Miró irónico a Mae Driscoll—. Ella es mucho más temible que su esposo. ¿No será de ella de quién siente usted terror?

—De todo —se estremeció Mae, mirando angustiada al edificio del museo, por la ventanilla posterior del carruaje—. No sé, pero

hay algo siniestro en ese edificio… y quisiera saber lo que es. ¿Seguro que Paul no ha vuelto por ahí, señor Lane?

—Seguro —afirmó Mervin.

Y, sin querer, recordó aquellas oscuras manchas en el maletín. Sangre de menos de un día…

Entonces no se sintió tan seguro. Pero no dijo nada a Mae Driscoll.

Quizá ése fue su error.

* * *

Oliver Rolfe sacudió la cabeza, perplejo. Su movimiento era abiertamente negativo.

—No, Mervin. Nada de nada. Tus temores son infundados.

—Posiblemente lo sean, Oliver —admitió el joven escritor, encogiéndose de hombros—. Tú eres policía, y yo soy periodista y novelista. No estás obligado a creer en presentimientos. Yo puedo aceptarlos casi como una pequeña evidencia de que algo sucede. Sobre todo cuando también yo mismo sufro algún presentimiento que otro.

—Todos los tenemos alguna vez. Con frecuencia son ciertos. Otras veces, no. En especial, una mujer sensible y asustada puede tenerlos sin fundamento. Ese debe ser el caso de tu preciosa amiguita, Mae Driscoll.

—Te aseguro que no es amiga mía. Sólo de Paul. Y yo soy amigo de Paul. Esa es nuestra relación exacta. Intenté ayudarla en vano. Y me preocupa ese descubrimiento…

—Tú lo has dicho, Mervin. Eres escritor, no médico. ¿Cómo diablos sabes que esa sangre no llevaba allí ni veinticuatro horas, estando ya seca?

—Cuando la sangre es reciente, Oliver, aunque se haya secado, tiene un polvillo que, al ser rascado, ofrece un tono rojizo, como óxido. Cuando lleva más tiempo ya es mucho más oscuro y consistente ese polvillo. ¿No lo sabes tú, siendo policía?

—Consultaré eso con el doctor Parker —dijo, sarcásticamente, el inspector Rolfe—. Pero aun así, Mervin… no hay evidencia alguna de que Paul haya sufrido daño alguno.

—¿Tienes datos sobre personas accidentadas o que hayan sufrido algún daño en las últimas horas? —se interesó Mervin Lane.

—Tengo datos de todos los casos. Absolutamente todos. Y ni siquiera los heridos o muertos que están por identificar pueden ser, en modo alguno, Paul Stevens. De modo que aleja esa horrible idea de tu mente y trata de razonar, Mervin. ¿Qué pretendes? ¿Convertirte ahora en el caballero andante que proteja a esa hermosa dama de generosas formas?

—Oliver, no puedes tomar todo eso en broma. Paul es amigo mío y…

—Y yo soy amigo tuyo —completó Rolfe—. Eso completa el círculo. No tomo nada en broma. No olvido que junto a ese museo se halló el cuerpo sin vida del cabo Morgan. Paul Stevens podría ser, incluso, uno de mis sospechosos. De hecho lo era. Como Romain, Payton…

—Deja ahora al pobre cabo Morgan. Se trata de Paul. ¿Por qué no investigas y…?

—De acuerdo. Investigaré, si no aparece en las próximas horas, pero no te prometo resultados. ¿Conforme, Mervin?

—Conforme, Oliver —sonrió Lane—. Haz eso por mí, y en mi próximo artículo pondré mejor a la policía londinense.

—Eres muy amable… —Se volvió a la puerta de la oficina, donde se hallaba ahora uno de sus subalternos, uniformado de azul, saludando respetuoso. Venía agitado, con prisas—. ¿Sí, agente Burke?

—Señor, hemos encontrado… un cuerpo en el Támesis.

—¿Un cuerpo? —Arrugó el ceño Oliver Rolfe, cambiando una rápida ojeada con Paul—. ¿Qué clase de cuerpo? ¿Un suicida, acaso?

—No, señor. Nadie se suicida… decapitándose.

—¿Qué? —Soltó Rolfe, horrorizado—. ¿Decapitado, dijo?

—Limpia y absolutamente, señor. Parece efecto de un terrible hachazo.

—¿Quién es?

—No llevaba nada encima que pudiera ayudar a identificarle. Ni documentos ni nada de eso. Parece un hombre alto, de fuerte complexión, joven, bien vestido… Ah, eso sí: llevaba dos iniciales en un delgado anillo de plata que estaba demasiado fuertemente

apretado en su dedo anular. Lo suficientemente fuerte para no deslizarse en las aguas siquiera… El cadáver no llevará más allá de catorce o quince horas en el agua…

—Esas iniciales, agente…, ¿cuáles eran? —preguntó ávidamente Mervin Lane.

—Sí, agente Burke —insistió Rolfe—. ¿Qué iniciales eran ésas?

—Una P. y una S., señor…

—¡Paul! —jadeó Mervin, lívido—. ¡Paul Stevens!

* * *

—Paul Stevens…

—¿Crees que es él, Mervin?

—Estoy casi seguro —afirmó Lane, con un enérgico movimiento de cabeza.

—Puede ser muy aventurado identificarle así —señaló el inspector Rolfe al cuerpo tendido en la mesa de mármol del depósito—. Sin rostro, solamente un cuerpo…

—Podría jurarlo. Son sus ropas. Las que llevaba ayer, cuando hablamos de Mae Driscoll y todas esas cosas. Además, su contextura, su aspecto general, esas iniciales… Quizá ahora, Oliver, tengan más sentido esas gotas de sangre en su maletín…

—Para eso tendría que haber sucedido todo en el museo, Mervin —le replicó vivamente el policía—. Y no tenemos ningún otro indicio de que semejante cosa ocurriera allí.

—O alguien llevó luego el maletín al museo —opinó Lane, frotándose el mentón. Estudió la forma humana que cubría con la sábana, nuevamente, Oliver Rolfe, su amigo de Scotland Yard. Y le pareció espantoso imaginarse así a Paul Stevens, un joven lleno de salud y vitalidad: así, con aquel vacío significativo y terrible, a partir de sus hombros y cuello… Un vacío donde la sábana se hundía, al no encontrar forma alguna que moldear.

—De cualquier modo que sea, tenemos que encontrar el… el resto, para estar seguros de la identificación, Mervin. Yo no podría identificarle con rotundidad. Y no creo que Mae Driscoll deba ser llamada para tal cosa. Resultaría una prueba demasiado dura…

—No, no hará falta el testimonio de la chica. Llama a Romain, a

Payton… Tal vez ellos sí identifiquen ese cuerpo. Mientras tanto…, seguid buscando. En algún lugar debe estar esa pieza que falta al cadáver. El asesino no quiere que sea identificado, eso es obvio. Por ello le quitó cuanto pudiera servir para tal objeto: documentos, etiquetas en la ropa, y todo lo demás. Pero no pudo arrancarle ese anillo de plata, tan incrustado en su dedo. Y no observó que en él aparecían esas iniciales, muy diminutas, grabadas en su parte inferior.

—¿Qué vas a hacer tú ahora, Mervin? Pensabas buscar a Paul Stevens… y ya crees haberlo encontrado.

Lane afirmó despacio, mirando fijamente la espesa bruma que se iba materializando en el exterior, más allá de los tragaluces de la vasta y sombría sala de la Morgue, donde reposaba ahora su amigo Stevens. Las luces de gas, humeando dentro de los globos translúcidos de vidrio, daban un aire fantasmal al recinto en el anochecer. Afuera, Londres volvía a ser la ciudad borrosa de cada noche otoñal o invernal, sumida en una niebla que diluía contornos y convertía todo en una misma atmósfera grisácea, húmeda y viscosa, donde los seres humanos eran como espectros, y las casas ciudadanas como lúgubres mausoleos levantándose en un ingente cementerio.

—Creo que iré a ver a esa chica, a Mae Driscoll… —comentó, entre dientes.

—¿Te interesas acaso en ella? —indagó el policía.

—No es lo que te figuras —suspiró Mervin—. Mae no es mi tipo, en realidad. Demasiadas curvas, creo yo. Pero intentaré ayudarla en este trance. Pese a cuanto opinen de ella los demás, me parece una buena chica.

—Ya sabes su criterio: busca el matrimonio en los hombres, no el dinero y la diversión.

—Por eso lo decía. Otra, en su lugar, hubiera aceptado los favores de Romain. Ella me parece una muchacha decente y digna. Por otro lado…

—¿Qué?

—Por otro lado, Oliver, ¿no has pensado que ahora ella pudiera estar… en peligro?

—¿En peligro? —El inspector pegó un respingo—. ¡Cielos, Mervin! No se te ocurrirá que, porque su enamorado pueda haber

sido víctima de un crimen, ella vaya también a…

—No sé. Recuerda que tuvo presentimientos hoy. Y que, por desgracia, parecieron confirmarse, a menos que yo esté muy equivocado y ese desdichado no sea Paul.

—¿Sabes dónde vive la chica?

—Sí, ella me ha dado su dirección. Iré a verla ahora. Ya te avisaré, si considero que precisa vigilancia.

—Está bien. Espero tus noticias. Podría enviarle un par de hombres que montaran guardia en la vecindad durante un cierto tiempo…

—Eso, posiblemente, logre tranquilizarla totalmente, Oliver. Iré a verla en cuanto salgamos de aquí. Ya es muy tarde, la noche va a ser inclemente, con mucha niebla en la calle, y esa muchacha necesita aliento… Debe de estar muy preocupada, viendo que no vuelve su prometido ni sabe nada de él…

CAPÍTULO VI

Mae Driscoll había tomado una decisión.

El reloj del gabinete desgranó hasta un total de nueve campanadas. Era ya muy tarde. No había tenido apetito para cenar, pese a las insistentes llamadas de la patrona de aquella pensión en Aldgate, donde residía desde que llegara a Londres a luchar por abrirse paso en el mundo del arte.

De entonces a acá no había transcurrido demasiado tiempo. Pero sí el suficiente para que ella se sintiera defraudada de muchas cosas. No pudo llegar muy lejos. Salvo ser corista en un par de espectáculos y hacer unos cortos y frívolos *sketches* en un teatrillo de *vaudeville*, no alcanzó mucho más. No servía para vivir cortejada por viejos adinerados, y decidió apartarse de los escenarios, al advertir que era muy difícil el triunfo en ellos.

Así llegó a modelo de pintores y de escultores. Y, posteriormente, cuando el trabajo escaseó, a modelo de personas como Jean Louis Romain, que ni siquiera eran artistas dignos de tal nombre, sino excelentes artesanos de su oficio, modelando figuras de cera en serie y cosas parecidas.

Había pensado muchas veces en volver a su tierra natal, a Norfolk, pero siempre le faltó el suficiente valor para enfrentarse con sus tíos y su hermana Dawn, diciendo con desaliento y resignación:

—Aquí estoy de vuelta. He fracasado. Londres no era tan fácil de conquistar como yo había imaginado…

No. Eso no. Aún podía intentarlo todo. Para darse por vencida, siempre había tiempo.

Paul había sido su gran esperanza. Debía de seguirlo siendo, pero sus presentimientos iban en aumento. Ahora sentía miedo. Verdadero miedo. Estaba asustada por su prolongado silencio. Y su amigo Mervin tampoco decía nada…

No cenó. Rechazó amablemente las insistentes llamadas de la señora Higgins, y apenas escuchó las nueve campanadas en el reloj del gabinete, tomó su abrigo-capa, estilo macferlán, su sombrerito más sobrio, color gris, y se lanzó a la calle.

No le asustaba la noche. Ni la niebla. Abandonó la protección confortable de la casa, con su chimenea encendida y las habitaciones acogedoras, para hundirse en una niebla densa como puré, sintiendo su fría viscosidad rozándole la piel igual que podrían hacerlo las alas de un murciélago revoloteando sobre ella.

Para aquella época del año, las nueve de la noche era una hora algo avanzada, especialmente con semejante bruma en las calles. Los transeúntes eran escasos y presurosos. Se cruzaban con ella de trecho en trecho, buscando la acogedora protección de sus hogares. Mientras tanto, ella deambulaba, alejándose de ese mismo hogar que era para ella la pensión de la señora Higgins.

Estaba decidida a visitar el club del que eran socios Paul y su amigo Mervin Lane, el periodista. Y Scotland Yard. Y el mismo museo, si era preciso. Recorrería todos los lugares imaginables en busca de Paul Stevens.

Buscó en vano un carruaje. Se cruzó con dos de ellos, pero uno iba ocupado y el otro se negó a transportarla, alegando el cochero que volvía a casa enfermo y lo que quería era meterse en cama y no andar medio a ciegas entre aquella niebla maldita.

Valiente, decididamente, Mae Driscoll continuó sola en la noche. Alejándose cada vez más de Aldgate. Había recordado que Paul acostumbraba a frecuentar en sus ratos de ocio una taberna llamada Scotch's Pub, en Whitechapel, y a ella se dirigió resueltamente. No le asustaba siquiera la mala fama del barrio en cuestión, ni su tenebrosa historia de crímenes sangrientos, como los de Jack el Destripador, los más recientes, en aquel otoño e invierno de 1888, casi al alcance de la mano todavía, sólo un par de años atrás.

Mae Driscoll no sentía miedo alguno por sí misma. Era Paul el que le preocupaba en estos momentos. Sin él, nada valdría ya la pena. Ni siquiera la propia vida.

Encontró dificultosamente la taberna, en el dédalo de callejuelas de Whitechapel. No era de las muchas de mala nota que había por allí, sino un típico rincón escocés donde tomar buena cerveza y mejor *whisky*. Solamente se admitían clientes del sexo masculino,

para evitar que el *pub* se convirtiese en lo que eran otros muchos del barrio, con sus profesionales del vicio invadiéndolo todo, ahora que nadie las destripaba por las calles.

Preguntó en la puerta, a un camarero, por el señor Stevens, sin atreverse a asomar en el local, por si la reprendían. Algo, en su aspecto, hizo que el camarero la autorizase a entrar, mientras preguntaba al propietario del establecimiento.

Éste, un rollizo y gigantesco escocés de grandes patillas rojas, vestido a la usanza de su país, la contempló ceñudo, mientras otros clientes lo hacían con sorprendido agrado, y terminó negando.

—No. El señor Stevens hace al menos cinco días que no viene por aquí —explicó.

Ella le dio las gracias. Le había bastado una mirada al local, con su atmósfera cargada de humo de pipa y de olor a *whisky*, para advertir que Paul no se hallaba entre los clientes. Dando las gracias brevemente, Mae Driscoll volvió a calle, a la niebla, a la intemperie de la noche brumosa.

Tuvo más suerte ahora. Encontró un carruaje y, decidida, le dio la dirección del Museo de Cera, en Quaker Street, Spitalfields. Si Payton estaba allí, le diría algo. Confiaba más en él que en Romain o en cualquier otro.

No le gustaba ir al museo, pero iría, si no tenía más remedio. Todo era mejor que aquella incertidumbre y sus confusos temores sobre la posible suerte de Paul…

* * *

—Lo siento, señor. La señorita Driscoll no está. La vi tomar su abrigo y sombrero y salir a la calle.

—¿Salió? —Mervin Lane enarcó las cejas, sorprendido—. ¿Con semejante noche?

—No intenté detenerla. Hubiera sido inútil. Mae es una chica muy independiente. No me hubiese hecho el menor caso. Parecía preocupada por algo. No cenó siquiera, pese a mi insistencia…

—Imagino que no le dijo a nadie adónde iba…

—No habló con nadie. Cuando quise decirle algo, ya estaba en el vestíbulo, abriendo la puerta. Eso sucedía a las nueve, poco más o

menos, señor.

—Las nueve… —Lane, consultó su reloj de bolsillo, que marcaba justamente las diez. Sacudió la cabeza—. Me pregunto adónde se habrá dirigido esa muchacha inconsciente con semejante noche… y un asesino suelto por ahí.

—Un… ¿qué? —Se horrorizó la buena de la señorita Higgins.

—Oh, nada, olvídelo. —Lane hizo un gesto evasivo—. Pero si vuelve a casa mientras tanto, no la deje salir. Dígale que estuvo aquí Mervin Lane y que, si no la encuentro donde imagino, volveré a las once a esta casa, sin falta. Que tengo noticias para ella. Eso es todo.

Abandonó la pensión. Regresó al carruaje que le esperaba abajo, y le dio una dirección, guiado por una simple intuición personal:

—Museo de Cera de *monsieur* Romain. Quaker Street, esquina a Commercial.

Y se echó atrás en el confortable asiento, mientras el coche rodaba sobre el empedrado de Londres. Lane esperaba llegar a tiempo aún. Y empezaba a temer por Mae Driscoll…

* * *

El museo estaba ya cerrado. Herméticamente cerrado y en sombras.

Alrededor, las farolas de gas, la niebla y los edificios de mugrienta fachada, componían un tétrico paisaje, nada alentador.

Mae Driscoll no logró que el conductor del carruaje la esperase. Tenía prisa por volver a su casa, y era el último viaje que hacía. Cobró su carrera, y se perdió en la noche, entre el trote de sus caballos y el rodar del vehículo en las piedras de la calzada. Mae Driscoll se quedó completamente sola, en la acera de Quaker Street, ante los multicolores carteles del museo, ante sus puertas cerradas.

Tuvo miedo. Un miedo tremendo y repentino. Tal vez había ido demasiado lejos, pensó, en su búsqueda de Paul Stevens. El museo, el influjo de Romain, el modelador de cera… La perversa señora Romain, en su silla de ruedas…

Nada de todo aquello le gustaba. Había algo siniestro en ello, y le hubiera gustado saber qué era. Pero no resultaba fácil pensar

serenamente. No ahora, cuando menos…

Recordó al policía asesinado en Market Lane. Nunca se había averiguado exactamente por qué fue muerto. Ni por quién…

Mae se arrepintió de haber acudido allí. Paul no podía estar en el interior del museo ahora. Ni en ninguno de aquellos lugares. Él había roto ya con todos los lazos que le unían a Jean Louis Romain, su socio.

Pero antes de marcharse definitivamente, y ya que estaba allí, no se iría sin confirmar todo eso definitivamente. Dentro del recinto destinado a las figuras de cera, un empleado cuidaba de todo aquello durante la noche. Podía ser Payton o cualquier otro, pero nada tenía que temer de ellos. Los conocía a todos, y eran gente vulgar, sin nada inquietante en su comportamiento habitual.

Mae rodeó el edificio, sin importarle la idea de pisar el callejón posterior, el mismo donde el cabo Morgan apareciera sin vida. No sería la primera vez que cruzaba por él para ir a posar en el anexo, en el estudio de trabajo de Romain. Sólo que ahora se limitaría a llamar al interior del museo y preguntar a su empleado de noche por Paul Stevens. Si no sabían allí nada de él, iría al club. Y si no, a Scotland Yard. Estaba decidida.

Llegó a Market Lane. Los olores del pasaje, con sus almacenes cerrados, sus basuras y desperdicios amontonados en los rincones más sombríos, su escasa luz y el suelo charolado, negro y desigual, formaban un feo conjunto ambiental. La niebla, pastosa y sucia, ponía el resto.

Mae Driscoll tembló levemente. Se arrebujó mejor en su abrigo, y llegó decidida a la puerta del museo, llamando en ella con los nudillos por dos veces.

No respondió nadie. Llamó una tercera vez con más fuerza…, y la puerta cedió suavemente, con un chirrido de goznes mal engrasados. Estaba abierta.

Dio un paso atrás, inquieta. No acostumbraba a quedarse abierta ninguna de las puertas del museo durante la noche, cuando se había cerrado el negocio al público. Y menos aún la posterior, por donde podía introducirse algún merodeador, poniendo en peligro las figuras, ya que no objeto alguno de valor, que no lo había en el recinto. Pero para Romain, nada tenía más valor en el mundo que sus muñecos de cera.

—¡Payton! —Llamó con fuerza, asomando al oscuro interior—. ¡Murdock, Raines!… ¿Quién de ustedes está aquí de servicio hoy, responda?

No respondieron. Mae Driscoll se aventuró en el interior. Había luz en el museo, una luz que no era la de servicio que, habitualmente, durante la noche, consistía sólo en una lámpara amarillenta encendida en la Cámara de los Horrores, y otra en la sala general. Esta luz… era roja.

Recordó el museo. No le gustó la idea. No le atraía en absoluto aquel recinto lleno de figuras sin vida, de rostros inertes, grabados en cera, pintados con los colores de la vida real, pero inanimados y rígidos como difuntos. No había entendido nunca el placer de las gentes por pagar para ver algo así.

La Cámara de los Horrores tenía una luz así: roja, tenue, fantasmal… Acaso la habían dejado encendida por simple error. O porque estuvieran reparando algo. A veces, las figuras sufrían desperfectos, y era preciso retocar sus rostros o figuras.

—¡Eh, usted! —llamó, con voz clara, nítida—. ¿No hay nadie ahí?

Siguió sin respuesta. En vez de asustarse, se sintió ahora irritada. Profundamente molesta con quienquiera que estuviera de servicio esa noche. Decidida a poner en claro lo que sucediera, Mae Driscoll avanzó con paso firme, hablando con energía:

—Escuche, sea quien sea el que está de guardia —habló, sin dejar de caminar por el corredor en sombras hacia la cámara destinada a presentar los sucesos más sangrientos y horripilantes de la historia y de la ficción—. ¿Qué sucede aquí para que tengan abierta la puerta, encendidas las luces y no respondan a las llamadas? He venido a preguntar por Paul Stevens, y no me iré sin saber si ha venido o no por el museo durante el día de hoy…

Estaba ya en la Cámara de los Horrores. Miró, sorprendida, en torno.

Estaba sola. Completamente sola, rodeada de figuras de cera espantosas y crueles. Ojos malignos de vidrio se fijaban en ella. Rostros modelados por las manos amorosas de Romain expresaban la angustia, el terror, el dolor, la furia, la crueldad y la perversión, en aquellos entes ficticios, creados para impresionar al público.

Se apartó, con desagrado, de Drácula y del grupo formado por

Frankenstein y el Hombre Lobo, en feroz pugna sobre un fondo de paisaje transilvano, nevado y hosco. Fue a tropezarse con la figura de un horrible asesino cuyas víctimas fueron solamente niños. En una escena macabra y espeluznante, se veía al criminal, con sus infantiles víctimas, en un lóbrego sótano destinado a la matanza.

Mae Driscoll sintió un terror diferente. No era el del espectador que recorre esas atracciones por el precio de una entrada. Era algo más… Un miedo instintivo, profundo. Como si todo aquello que la rodeaba tuviese auténtica vida y una auténtica legión de monstruos perversos se estuvieran riendo en silencio de ella, y gozando anticipadamente con su presa indefensa, metida por sí sola en la boca del lobo, en la trampa diabólica…

¡Trampa!

Repentinamente, Mae sintió que se le erizaban los cabellos de la nuca. La puerta abierta, la luz, la soledad… Todo aquello parecía, ciertamente, como una trampa demoníaca, dispuesta para alguien…

Acaso… ¿acaso para ella?

—No, no… —Se estremeció, nerviosa, hablando consigo misma, a flor de labio—. Me iré. No me gusta esto… No sé por qué… no me gusta nada…

Dio media vuelta para alejarse. Tropezóse con una figura envuelta en vendajes, emergiendo de un sarcófago policromo, entre inscripciones jeroglíficas. Emitió un grito agudo y terrible, al ver entre esas vendas unos ojos centelleantes y fríos, clavados en ella desde la faz invisible de la momia egipcia que formaba aquel cuadro inquietante…

Osciló el cuerpo vendado de la momia, a punto de caer. De un estrado, en el fingido interior de una tumba egipcia, representado por la escenografía del museo, cayó al suelo una *Crux Ansata*. El símbolo de la Vida…

Mae corrió por el museo, hacia la salida. Y entonces se le heló la sangre en las venas.

¡La puerta de salida estaba herméticamente cerrada!

—No… —se detuvo, jadeante—. No puede ser…

A su espalda sonó un jadeo lento y ahogado… Un rumor de pasos, algo que se movía hacia ella, que se acercaba.

ALGO vivo… que erizó su cabello y le hizo girar la cabeza, trémula, esperando ver surgir, quizá, a un monstruo agresor, a un

hombre de expresión maligna, armado y amenazador. Acaso el propio Romain, enloquecido, dispuesto a matarla entre sus figuras de cera…

Lo que vio Mae fue infinitamente más horrible que eso. Se enfrentó a algo espantoso, que le hizo desorbitar los ojos, con un inhumano alarido de horror y de incredulidad. Su faz tomó el color de la cera, y cayó de rodillas, al pretender escapar, tropezando en el saliente de uno de los grupos monstruosos.

—No… —Susurró, en el paroxismo del pánico—. ¡No, no, NOOO!…

«Algo» avanzó hacia ella. Alguien proyectó su sombra dantesca en el rojo del muro, sobre la infortunada Mae Driscoll…

Luego, el gemido de terror de ella se convirtió en un pavoroso alarido de dolor. Cuando «aquello» cayó sobre ella, la sangre brotó tumultuosa, escapando de sus pechos macizos, heridos brusca y ferozmente por una hoja de brillante acero, movida por manos siniestras.

Una carcajada espeluznante resonó bajo los ámbitos de la Cámara de los Horrores, y la luz parpadeó, agitando sombras fantasmales en los muros. Mae Driscoll dio una voltereta sobre sí misma, con los ojos vidriosos, desorbitados. Nuevos golpes sobre sus senos exuberantes, llevaron la muerte a su corazón, entre un raudal hirviente, color escarlata, que corrió como reguero siniestro por la cámara, entre las figuras de cera y sus ojos espantosamente fijos en ella…

La carcajada demoníaca, inhumana, se repitió, entre jadeos de placer y de júbilo animal. Algo, acaso un súcubo surgido de las entrañas mismas del infierno, bailoteó, no lejos del cadáver sangrante de Mae, para desaparecer con su jadeante risa entre los grupos de monstruos de cera.

Mae Driscoll no había encontrado a Paul Stevens. Sólo había encontrado la muerte. Su rostro hermoso, bajo el rojo cabello desordenado, era ahora una máscara crispada, horrible, que reflejaba el más inmenso de los terrores.

Se había enfrentado a una muerte que ella no podía esperar ni prever. Pero lo que viera antes de morir se fue con ella a la eterna sombra. Ya nadie sabría, jamás, lo que sintió la hermosa muchacha del cabello rojo al morir en la Cámara de los Horrores, enfrentada a

una forma del Mal que nadie podía imaginar.

* * *

Mervin Lane se detuvo ante el museo. Contempló su fachada en sombras, con aire pensativo. Sacudió la cabeza. Empezó a rodear el viejo edificio del chaflán de Quaker Street con Commercial.

No podía estar seguro de que ella hubiese ido allí. La noche no era la más adecuada dado el estado de ánimo de Mae y sus indefinibles terrores. Pero algo le decía que tal vez ella, en su desesperado deseo de encontrar a Paul, habíase atrevido a tanto.

Llegó Mervin a Market Lane. La callejuela angosta y tétrica lo era ahora más que nunca. El joven escritor inclinó la cabeza. Contempló el suelo empedrado, húmedo, que una sola farola iluminaba. Se agachó. Tomó el objeto que llamara su atención en la bruma.

Era un guante. Un guante gris de mujer, en piel. Pequeño, estrecho. Para una mano también pequeña… Recordó las manos delicadas de Mae Driscoll. Sí, era uno de sus guantes, casi seguro.

Lo guardó consigo. Clavó los ojos en la puerta trasera del museo. Había algo en todo aquello que no le gustaba. Avanzó, decidido. Probó aquella puerta. Estaba herméticamente cerrada. Inclinó la mirada al suelo. Éste aparecía allí fangoso, a causa de la tierra, la humedad y la niebla. Una huella aparecía claramente impresa ante la puerta. Y otra, a medias, revelaba que la persona que dejó la anterior había seguido hacia adelante. Eran huellas de pisadas de un pie menudo y puntiagudo de calzado. Todo demasiado coincidente. Mae estuvo allí. Y no hacía mucho tiempo. Las huellas eran recientes.

Probó de nuevo la puerta del museo. No cedía. Estaba bien ajustada. Se dispuso a intentar algo.

Súbitamente, una mano helada se apoyó en su nuca. Una sombra se proyectó en el muro, y supo que había alguien a su espalda. Alguien que le había sorprendido completamente indefenso…

—Y bien, amigo, ¿qué anda haciendo aquí a estas horas? ¿Intentando asaltar el museo?

El aliento golpeó su cuello, mientras la voz sorda hablaba.

Mervin respiró aliviado, y logró identificar los contornos de aquella figura ancha y corpulenta, rematada por un casco de significativa forma.

—Oh, usted… —masculló—. Me había asustado…

—¿No será ahora cuando está asustado? En nombre de la ley, no intente resistir…

—Escuche, agente —suspiró él—. Soy Mervin Lane, escritor del *Mail*. Y amigo del inspector Oliver Rolfe, de Scotland Yard.

—Eso es lo que usted dice. Todos los pillos tienen siempre explicación razonable a punto, por si son sorprendidos…

—No sea obstinado, agente. Puede encontrar mi documentación en el bolsillo de la levita. Búsquela usted mismo, si sospecha que yo puedo atacarle. Estoy aquí en busca de una muchacha llamada Mae Driscoll. Su prometido, Paul Stevens, socio de *monsieur* Romain en el negocio de este museo, ha aparecido muerto hoy en el Támesis, con la cabeza cortada.

—Sé algo de ese cuerpo en el Támesis —gruñó el policía—. Pero eso no prueba nada. Deje que vea su documentación. ¿Ha dicho que es periodista?

—Del *Mail*, sí. También encontrará un título de socio del club de Escritores y Artistas, en el Strand. Y posiblemente, una tarjeta de visita del inspector Rolfe…

El agente le registró, hallando su cartera con documentos, que revisó con una sola mano, sin soltarle la nuca en ningún momento, ni permitirle volverse. Al final, sonó un resoplido, y le soltaron.

—Perdone, señor —dijo el policía—. Aquí tiene sus documentos. He comprobado cuanto dijo. Debe disculpar mi celo, pero en este mismo callejón un compañero mío…

—Sé lo ocurrido al cabo Morgan, agente —afirmó gravemente Lane, volviéndose—. No debe disculparse. Usted cumplía con su deber, mi actitud resultaba harto sospechosa. Ahora, ya que está usted aquí, necesito su ayuda.

—¿Ayuda? ¿Para qué, señor? —se interesó el *policeman*.

—Para entrar en el museo.

—¿Entrar… ahora? —Pestañeó el agente.

—Eso es. Tengo sospechas de que otra persona ha entrado antes, la chica a quien busco. Puede que no suceda nada, pero también podría haberle ocurrido algo a ella. Debemos comprobarlo sin

perder tiempo. ¿Quiere ayudarme, agente?

—Gustosamente, señor. Pero ¿cómo entrará ahí ahora?

—Por mis propios procedimientos. Quiero que sea testigo de lo que hago, pero también de que le garantizo que indemnizaré al museo, si le causo daños injustificados…

Y antes de que el agente pudiera salir de su perplejidad, Mervin Lane había extraído de sus ropas una pistola que disparó contra la cerradura de la puerta trasera del museo.

—¡Cielos! —Jadeó el policeman—. ¿Qué está haciendo, señor? ¡Eso, no!

Ya era tarde. Tras la formidable detonación, que retumbó en la niebla sordamente, la cerradura saltó en pedazos. Mervin tiró de la hoja de recia madera, y franqueóse el paso al interior. En algún punto de las calles de Spitalfields, vibraron silbatos policiales, tras el estampido de arma de fuego.

—¡Sígame, agente! —Pidió Mervin Lane, lanzándose hacia el interior del museo decididamente—. ¡Hay alguien dentro! ¡Mire esas luces…!

El policía, al asomarse, vio también cómo unas rojas luces de gas se extinguían bruscamente, dejando todo en sombras en el interior del museo. Tras una duda, emitió un largo silbido metálico, de llamada a sus compañeros, y empuñó la porra, lanzándose en pos de Lane, que corría ya hacia el interior del recinto.

Mervin Lane prendió un fósforo, y encendió una serie de mecheros de gas que fue hallando en su camino. El corredor se iluminó intensamente, y la luz de los globos de vidrio invadió la Cámara de los Horrores, quitándole gran parte de su mágico ambiente siniestro.

La mirada de Lane, sin embargo, no se fijó en las rígidas figuras de cera, ni en los impresionantes escenarios allí representados. Solamente tenía ojos para el más horripilante de los espectáculos imaginables en el museo. Para el único que ofrecía una copiosa abundancia de sangre no imitada en cera…

—¡Mae! —aulló—. ¡Mae Driscoll! ¡Mis sospechas eran ciertas, agente! ¡Han asesinado a la muchacha!

Mae, ciertamente, yacía en medio de la Cámara, no lejos del corredor, hacia donde parecía haber pretendido huir cuando fue alcanzada por alguien…

Los golpes de acero en sus senos habían terminado con su vida entre una orgía sangrienta. El rostro era un mudo poema de horror.

Mervin encendió todas las luces de gas que encontró por doquier, llenando de nítida claridad el recinto, y despojando a todos los entes de cera y a sus ambientes, de la atmósfera alucinante que poco antes ofrecían.

El policía continuaba haciendo funcionar incesantemente su silbato de llamada, mientras contemplaba, demudado, a la joven asesinada…

—Dios mío… —musitó—. ¡Qué horrible crimen! El asesino tal vez no haya salido aún de aquí, señor Lane…

—Tal vez —Mervin, revólver en mano, recorrió la Cámara, sin ningún respeto hacia los ilustres monstruos reales y ficticios que imaginara Romain en cera policromada—. Pero no se ve a nadie… Y ¿se ha fijado en algo, agente? Alguien estaba intentando borrar esa sangre, cuando nosotros hemos llegado…

Señaló Mervin Lane, rotundamente, hacia el cubo y la escoba y bayetas que, tintos totalmente en agua sanguinolenta, reposaban junto al cadáver de la bella pelirroja. El policía asintió, perplejo.

—No lo entiendo… —comentó—. ¿Y no hay ningún vigilante por aquí?

Lane fue rápidamente al cuartucho destinado al guardián de noche. Asintió, tras una ojeada al interior.

—Hay uno —dijo—. Y tan profundamente dormido, que no parece haberse enterado de nada…

SEGUNDA PARTE

¿ASESINOS DE CERA?

CAPÍTULO PRIMERO

CERRADO POR REFORMAS, HASTA NUEVO AVISO

En realidad, era una simple utopía. Hacía demasiado tiempo de ese cierre, definitivo casi, del museo de figuras de cera de *monsieur* Romain.

Mervin Lane contempló la fachada del viejo edificio, donde una vez hubiera una funeraria y donde ahora, poco más o menos, había existido otra durante un cierto tiempo.

—Me pregunto qué va a suceder con esas figuras de cera… —comentó el inspector Rolfe.

—Sí, yo también —asintió Lane—. Va a entrar la primavera, y es mala época para descuidar la cera. Puede estropearse la colección del viejo Romain… ¿Piensas autorizar la reapertura del negocio tal vez?

—No en ese edificio —rechazó secamente Rolfe—. Además, los vecinos han solicitado que se cierre definitivamente. Sus hijos parece que sufrieron pesadillas, tras conocerse en el barrio los sucesos… Por otro lado, el municipio no está conforme con que ese edificio siga en pie. No, no habrá nuevo museo en esa casa. Romain podrá evacuar sus figuras de cera, naturalmente. Pero eso será todo. Si quiere continuar con su museo, tendrá que hacerlo en otro local… y en otra vecindad.

—Cielos… —suspiró Mervin Lane—. Tanto ruido… apenas para nada.

—¿Para nada, dices? —Se escandalizó el hombre de Scotland Yard—. Escucha, Mervin: hubo tres horribles asesinatos, que sin duda se cometieron todos dentro del museo, aunque en dos de los casos lavaron la sangre y se llevaron fuera los cadáveres.

—También hubieran hecho igual con Mae Driscoll. Ya viste las manchas de sangre del maletín de Stevens. Yo tuve razón. Y estaban

las otras manchas, más abundantes, en el forro de raso rojo del féretro de Drácula, donde debió caer el cuerpo de Stevens al ser decapitado. Cuando el agente Culver y yo entramos en el museo, alguien había empezado ya su tarea de limpiar a fondo el suelo y los lugares salpicados… Luego, hubiera seguido el traslado del cuerpo de Mae Driscoll a algún otro lugar… Oh, Dios, pobre chica. Y pobre Paul, pobre cabo Morgan…

—Ese monstruo va a pagar con su propia vida esos horrores, Mervin. Nada ni nadie va a salvarle de la horca.

—¿Quién? ¿Hugh Payton? —Lane se encogió de hombros—. Me pregunto si será realmente culpable, Oliver…

—¿Cómo? ¿Es posible que dudes aún? Siempre ocurrieron los crímenes estando él de guardia. Aseguraba dormir profundamente a causa de la bebida. Pero nadie duerme tan profundamente, como para no enterarse de un crimen tras otro, no escuchar ruidos, gritos, no enterarse de la limpieza de la sangre, del traslado de los cuerpos… Ningún jurado se creerá eso, Mervin.

—Lo sé, lo sé. Ese Payton parece endiabladamente culpable, Oliver. No trato de defenderle. Para su abogado, ese caso será una ruina, es evidente. Pero es que me parece demasiado culpable. Sólo un imbécil se comprometería hasta ese punto.

—Es que todos los crímenes son obra de un atrasado mental, obsesionado con los crímenes que veía día tras día en la Cámara… Llegó a creerse uno de aquellos monstruos de cera, y aún quiso llegar más lejos. Es como ha descrito el psiquiatra su caso patológico, Mervin.

—Lo sé, Oliver. Como sé que Payton no tiene ni fuerzas ni convicción para declararse inocente. Crees, de verdad, que ha hecho todo eso, en una especie de desdoblamiento de personalidad o algo así…

—¿Y tú no lo crees? El examen de Payton, cuando le hallasteis dormido, fue concluyente. No poseía en su cuerpo suficiente alcohol como para caer en un sopor tan profundo. Ni había sido narcotizado, ni nada por el estilo. Sencillamente, fingía dormir.

—Pues lo fingía muy bien. Costó mucho despertarle, Oliver.

—Esos chiflados se autosugestionan ellos mismos. Son capaces a veces de dormirse a sí mismos, si así les conviene.

—¿Hipnotismo? —Mervin arrugó el ceño—. Sí, eso es más

convincente, aunque para muchos, el hipnotismo no sea aún sino simple magia de escenario o cosa así (Téngase en cuenta la época en que transcurre la acción de ésta novela: el año 1890, a juzgar por la alusión del autor al Destripador y su época, dos años atrás, en 1888. Por tanto, entonces no se aceptaba como hoy la hipótesis como algo científicamente comprobado y sumamente útil incluso en el campo de la Medicina y la Cirugía).

—Vaya, me alegro qué estés de acuerdo en algo conmigo, Mervin —declaró Oliver, satisfecho, reanudando su paseo junto al joven escritor.

—Sólo hablé de que el hipnotismo me resulta convincente…, pero no dije en qué sentido —sonrió irónico Lane.

—A veces, resultas desesperante. ¿Es que pretendes esperar aún para escribir tu anunciado libro sobre el extraño caso del museo de cera?

—Esperaré, si es preciso… a que la verdad se ponga totalmente en claro —sonrió Mervin Lane, apaciblemente.

—Como quieras —el policía se encogió de hombros—. Pero la verdad está clara: todo el que entraba en el museo durante las horas en que cuidaba Payton de él, era muerto seguro. Él, utilizando armas de las propias figuras de cera, terminaba con ellos, quizá para ganarse un puesto entre los monstruos de esa galería maldita. Así lo entenderán jurado y jueces. Si no le condenan a la horca, irá para siempre a un manicomio.

—Y entretanto, el museo se olvidará… o se abrirá en otro lado —suspiró Lane, pensativo, contemplando la vieja fachada, con sus carteles brillantes ya deslucidos por el prolongado cierre del negocio, y su pintura desconchándose en diversos puntos.

—¿Qué importa el museo, realmente? —Se irritó Rolfe—. Son sólo figuras de cera. Nada más que eso, Mervin.

—Figuras de cera… —asintió seriamente Mervin—. Sí, es cierto: figuras de cera… Testigos de tres asesinatos cometidos ante sus ojos de vidrio inanimado. Sólo esas figuras podrían decir *toda* la verdad… si pudieran hablar y tuviesen vida propia, Oliver.

—Estás divagando, Mervin. Eso sonará muy bien en tu libro o en tu columna del *Mail*, pero dudo que tenga mucho sentido para un policía o para cualquier otra persona.

—Cierto —sonrió Lane—. Tú te ocupas solamente de los

asesinos de carne y hueso, no de los de simple cera…

* * *

—¿Has conseguido ese permiso ya, Jean Louis?

—Sí, querida. Me autorizan a sacar mis figuras del museo, a la vista del informe técnico que asegura el posible desperfecto de las mismas, al llegar la primavera y no estar debidamente cuidadas.

La señora Romain tabaleó, impaciente, sobre el brazo de su silla de ruedas. Abigail Hawkins, su dama de compañía, levantó un momento los ojos de su labor, junto al balcón, pensando que ella la reclamaba, pero no era así. Yvette seguía hablando con su marido.

—¿Y… vas a sacarlas? —indagó ella.

—Naturalmente —pestañeó Romain—. ¿Quieres que se derritan allí, olvidadas de todos?

—No sé… —vaciló la dama—. A veces pienso que sería lo mejor.

—¡Yvette!

—Lo siento, Jean Louis. No me gusta tu negocio. Nunca me gustó. Será como volver a empezar. Otro museo, más figuras de cera, más modelos… —le miró aviesamente, apretando sus labios.

—Por favor, no volvamos a eso, Yvette —rogó él—. No habrá nuevas modelos.

—¿De veras? —Dudó ella.

—Te lo prometo. Trabajaré de memoria, o a base de grabados. Se acabó todo eso. Lo de Paul y Mae ya resultó, de por sí, bastante desagradable. De no ser por las circunstancias, incluso hubieran llegado a acusarme a mí. A fin de cuentas, tú les diste motivos para sospechar de mí.

—Tú te buscaste toda esa complicación, recuérdalo. Tu maldita afición a las chicas bonitas… —Yvette sacudió la cabeza, disgustada—. Una nunca acaba de conocer bien a la gente. Ni siquiera a la más próxima. ¡Mira que resultar Payton un monstruo asesino…!

—Por favor, olvida eso —se estremeció Romain, angustiado—. No me gusta recordarlo.

—Tampoco a mí. Pero dentro de pocos días será su juicio en Old Bailey. Todo el mundo supone que será ahorcado en vez de ir al manicomio…

—¡Por Dios, calla de una vez! —Se enfureció Romain—. ¡No te gusta hablar sino de cosas desagradables!

Y salió rápidamente, cerrando la puerta de golpe.

Yvette se quedó silenciosa un momento. Luego, levantó despacio la cabeza. Fijó su mirada aviesa en Abigail, su inseparable compañera, que continuaba con su labor de punto.

—¿Crees que soy tan insoportable como mi marido me ve, querida? —indagó.

Abigail levantó la cabeza, con cierto sobresalto. Era evidente que no estaba demasiado habituada a dialogar con su señora.

—No, no lo creo —negó, con sencillez—. Toda persona enferma tiene rarezas inevitables. No es usted peor que otras que atendí antes, señora.

—Pero soy una lisiada. Eso agria más mi carácter, ¿verdad, Abigail?

—Es posible, señora —sonrió tímidamente la Hawkins—. Pero eso resulta humano y natural. Su esposo se unió a usted para bien o para mal. Debe aceptar las cosas como son.

—Abigail, tú nunca me reprochas nada, no pones gesto de mal humor, no te quejas de mí…

—¿Por qué habría de hacerlo, señora? —Los ojos inteligentes y tristes se fijaron en ella desde detrás de los vidrios color humo—. Este es mi trabajo. Si tuviera que quejarme de usted o de otra señora con quien estuviese, valdría más dejar la tarea y dedicarme a otra cosa.

—Eres admirable, Abigail. Creo que nunca te agradeceré tu tacto lo bastante. Incluso cuando sabes que no tengo razón, callas y aguantas. Me pregunto si eso es humano.

—Debe serlo, señora —suspiró Abigail—. No ganaría mucho enfureciéndola más a usted con mis réplicas. Ni su esposo o quienes le rodean serían más felices por ello. Cobro mi sueldo, y me debo a mi trabajo, que es cuidar de usted y de sus posibles crisis de todo tipo. Si no está descontenta de mí, me daré por bien pagada, señora.

—No, no lo estoy, Abigail. Por eso sigues conmigo. Antes de estar tú, tuve a seis o siete diferentes, en sólo unos meses de invalidez. Cuando vinimos a Londres desde las Colonias, pensé que no durarías mucho conmigo, una vez aquí, en la metrópoli. Me alegra haberme equivocado contigo, Abigail. Actualmente, aunque

no te lo demuestre, eres para mí una auténtica amiga.

—Gracias, señora —respondió modestamente la Hawkins. Luego, añadió, mirando a su patrona—: Yo le estoy muy agradecida por haberme sacado de las Colonias, trayéndome aquí con un trabajo. Aquel clima no me sentaba bien. Ni la forma de vivir en aquella provincia hindú… Le debo mucho, por vivir ahora en Londres, no lo dude, señora Romain.

—No, no me debes nada. Soy yo quien estoy en deuda contigo… y quizá con mi esposo. Él es de un modo de ser, pero no tan malo como pretendo acusarle… —se golpeó las piernas inmóviles—. ¡Oh, Dios, si pudiera moverme fuera de esta silla, todo sería tan distinto…!

Abigail Hawkins se limitó a mirarla, compasivamente. Sin comentar nada. Sabía que hubiera sido inútil. E incluso perjudicial para la señora Romain.

* * *

—¿Ha dicho Dawn? ¿Dawn Driscoll, señorita?

Mervin Lane se puso en pie bruscamente, mirando sorprendido a la joven que le visitaba en la redacción del *Mail* aquella mañana.

—Sí, señor Lane —asintió la desconocida—. Soy… la hermana de Mae Driscoll, ¿comprende?

Asintió Lane. Y supo por qué el rostro bonito de la esbelta muchacha pelirroja, le había resultado vagamente familiar. Dawn carecía de las opulencias sensuales de su hermana. Era más menuda y esbelta. Pero igualmente bella y femenina. Mucho más del gusto de Mervin que su desdichada hermana.

—Comprendo —dijo—. Se parece usted mucho a ella. Sus ojos, su rostro, su sonrisa…

—Mi sonrisa es bastante triste últimamente, señor Lane —suspiró la joven. Se sentó en una butaca, a un gesto de Mervin—. Aunque supongo que usted se estará preguntando ahora el porqué de mi visita…

—Pues sí, la verdad. No he olvidado a su infortunada hermana, pero había casi olvidado los sucesos de este invierno en Spitalfields…

—Yo, no. No puedo olvidar. Mae me había escrito una carta llena de entusiasmo, de esperanzas… Me hablaba de Paul, de su próxima boda… Luego, me escribió otra menos optimista. Estaba alarmada por la ausencia de Paul. Me contaba que un periodista muy inteligente, guapo y atractivo —ésas fueron sus palabras exactas, señor Lane— la iba a ayudar a encontrarle. Y me daba su nombre… —sonrió al final la joven, con cierto aire risueño—. Recibí esa carta cuando ella ya estaba muerta, naturalmente. Luego, he leído en el *Mail* su crónica… y he aprovechado un viaje a Londres para el funeral de mi hermana… viniendo a verle a usted para darle las gracias en nombre de ella, por todo lo que hizo en su favor.

—Desgraciadamente, señorita Driscoll, no hice absolutamente nada por ella. Lo intenté, veinte minutos antes. Sólo ese tiempo, y la hubiera podido salvar del desastre… Desgraciadamente, no pudo ser… Agradezco su atención, pero no la merezco, créame.

—Yo pienso de otro modo. Usted mismo arriesgó su vida por Mae, al meterse en aquel horrible museo… —se estremeció la joven, al evocar sin duda las crónicas sensacionalistas que, sobre la Cámara de los Horrores de Jean Louis Romain, habían publicado algunos semanarios de Londres—. ¿Se da cuenta de que pudieron haberle matado también a usted?

—Bueno, eso era más difícil —sonrió Lane—. Yo iba armado. Llevaba un revólver… y soy un hombre.

—También el cabo Morgan era un hombre, y Paul Stevens.

—Cierto —Lane se sintió algo cohibido bajo la mirada penetrante de la hermosa muchacha. Inclinó la cabeza—. Pero yo tenía un arma de fuego, ya se lo dije. Ellos, no.

—¿Cree que hubiera bastado para un asesino capaz de llevar a cabo los crímenes que cometió?

—Pues… no sé —suspiró Lane, encogiéndose de hombros—. Ni creo que nunca se sepa.

Hubo un breve silencio embarazoso. De repente, Dawn Driscoll se inclinó hacia él, con una mirada profunda, muy fija, de sus bellos ojos pardos. Y musitó:

—¿Qué se hizo del Museo de Cera, señor Lane?

—¿Eh? —Sorprendido por la pregunta, Mervin enarcó las cejas —. Oh, el museo… Está clausurado. Posiblemente para siempre.

Creo que su dueño sacará de allí las figuras, pero eso es todo. El edificio del museo va a ser derribado en breve, posiblemente este mismo verano.

—Me gustaría…, me gustaría conocerlo antes de que desaparezca.

—¿Cómo? —Mervin Lane sintióse aún más sorprendido—. ¿Está segura de lo que dice?

—Totalmente segura —afirmó ella gravemente, sin desviar un ápice sus ojos de él—. ¿No me sería posible verlo?

—Pues… no sé. Me temo que no dejen entrar a nadie. Es orden legal, señorita Driscoll. Además, ¿qué interés puede encerrar para usted un lugar semejante? No tiene nada de agradable, aparte de que allí asesinaron a su hermana y a otras personas…

—Es una demanda algo morbosa, lo sé —dijo ella con sencillez, apoyando sus manos en las rodillas, encima de su modesta falda verde oscura—. Pero me atrae ese museo. Quisiera verlo antes de que desaparezca. Le ruego que haga todo lo posible por complacerme, señor Lane, usted que tiene influencias…

—Está bien. Lo intentaré, pero no le prometo nada. De todos modos, será mejor que vaya allí acompañada.

—¿Por qué motivo? —Ella enarcó sus cejas color cobre, en gesto de perplejidad—. Si el asesino ya está preso y esperando ser condenado…, ¿a quién podría temer, rodeada sólo de figuras de cera?

—Es cierto —convino Mervin Lane, mordiéndose el labio inferior—. Se me ocurrió, sin embargo, que puede impresionarle a usted el ambiente de ese recinto, sus figuras…

—No soy nada impresionable, señor Lane, se lo aseguro. A menos que no tema usted que las figuras de cera se lancen sobre mí para aniquilarme, no veo razón para que visite ese museo acompañada, pero si usted cree que será preferible de ese modo… acepto. ¿Será usted tan amable de escoltarme en esa expedición al mundo de los horrores?

Mervin Lane no estaba seguro de si ella se expresaba seriamente o había un disimulado sarcasmo en su tono, pero se limitó a responder, sin entrar en aclaraciones:

—De acuerdo, señorita Driscoll. Iré con usted al museo de cera…

CAPÍTULO II

—Lo siento. Llegan ustedes tarde…

—Ya veo… —Dawn Driscoll se mordió el labio, disgustada—. Me había hecho la idea de visitar ese terrible mundo de asesinos inmortalizados en cera…

—No sólo hay asesinos, señorita —habló el encargado de la mudanza de aquellas cajas, conteniendo las figuras del museo. Alzó una tabla de uno de los embalajes, mostrándole algo—. Vea eso…

Dawn se inclinó, curiosa, escudriñando el contenido de la caja. Se echó atrás, impresionada.

—Es terrible… —musitó—. Parece humano. Tan real, tan vivo, con esos ojos…

—Carne de cera, y ojos de vidrio —rió el cargador, depositando la caja, junto a otras, en el pesado carro, tirado por cuatro mulos, que se iba a encargar del traslado de las preciosas criaturas moldeadas por las manos amorosas de Jean Louis Romain—. Ha visto usted al propio conde Drácula, señorita. No existió nunca, según dicen. Pero viéndolo ahí, no lo parece.

Estaban sacando las cajas por una de las puertas laterales de emergencia, habitualmente cerradas y cegadas por cortinajes. Con otra de las cajas, apareció una figura conocida, cuidando del traslado. El propio *monsieur* Romain cuidaba de su tesoro artístico.

—Cuidado, cuidado… —decía, previsor—. Con muchas precauciones, amigo. Es muy frágil…

Se detuvo. Dio un respingo al verse ante Dawn, y palideció. Luego, emitió un resoplido, y siguió con la mirada la figura esbelta y menuda de la joven. Pareció darse cuenta Romain de su error.

—¡Cielos, por un momento pensé…! —Se detuvo, humedeciendo sus labios. Se encontró con la mirada de Mervin Lane—. ¿Quién es ella, Lane?

—Dawn, la hermana de Mae. Ha venido de Norfolk ahora.

Quería ver el museo…

—Entiendo —se acercó a la joven y se inclinó, cortés—. Lamento que haya llegado demasiado tarde, señorita. El museo ha muerto. Me llevo mis piezas de aquí. Esto se derribará en breve. Muchas cosas han muerto aquí, después de morir su hermana…

—¿No va a abrir otro museo?

—Señorita Driscoll, un local amplio y adecuado, cuesta mucho dinero. Habrá que montar todo nuevamente, crearle una escenografía adecuada… Stevens era mi escenógrafo, y él tampoco está ya. No sé lo que haré, sinceramente. Tal vez haya un nuevo museo, o tal vez no…

—¿Y… entretanto?

—Un viejo almacén. Cajas apiladas, en el lugar más seco y frío posible, para proteger la cera, tan frágil a los calores que nos vendrán ahora… —Romain movió tristemente la cabeza. Su gesto era el del hombre que ve partir a unos hijos hacia el destierro—. Aun así, no sé si resistirán bien. La cera es tan delicada, señorita Driscoll…

—Sí, lo imagino. Señor Romain, ¿hay… hay alguna figura en el museo… con el rostro de mi hermana?

—No —negó él, rotundo—. Destruí cuanto tenía hecho al morir ella. No quiero verla reproducida en María Estuardo, ni en las víctimas del Destripador… Sería como aprovecharse de su belleza, ahora que no existe… Señorita Driscoll, ¿usted también viene a… a posar para los artistas de Londres?

Antes de que Lane pudiera responder negativamente, para su sorpresa, Dawn Driscoll se anticipó con otra clase de respuesta muy diferente:

—Pues… si pagan bien, y sólo han de copiar mi rostro, sí —afirmó, decidida. Luego, sonrió con cierta malicia—. Mae era diferente. Le gustaba exhibir su físico. Era diferente a mí, no sólo en sus curvas, señor Romain… Yo sólo posaré con mi rostro, si llega el caso.

—Su rostro… —Romain la miró, nervioso. Se estremeció, contemplándola. Humedeció, inquieto, sus resecos labios—. Cielos, será… será como la misma faz de Mae… idealizada y más ingenua, más infantil… Una maravilla para mis figuras de cera.

—Creí que había hablado de esperar un tiempo para un posible

museo nuevo —señaló secamente Lane.

—Si tuviera un modelo adecuado, amigo Lane…, ¡podría crear nuevas maravillas, buscar un financiero y abrir un gran museo, cien veces mejor que el antiguo! —declaró Romain, con sus ojos iluminados por el fanatismo de su afición. Se volvió a ella, dominando su excitación lo mejor posible—: Señorita Driscoll, ¿quiere…, quiere de veras posar para mí? Llegaría a pagarle cinco guineas por sesión… y por un mínimo de veinte o treinta sesiones…

—Cinco guineas… —Dawn reflexionó—. Es una suma importante, *monsieur*. Y más, por tan largo número de sesiones… Acepto, sí.

—¡Dios sea loado! —Tembló Romain—. No me diga que usted…

—Acepto, le he dicho —sonrió ella, decidida—. Sólo tengo una palabra. ¿Cuándo empezamos?

—Mañana mismo —susurró Romain—. No…, no tengo mi antiguo estudio ya… Pero conozco el local de un amigo… en Whitechapel. En Leman Street. Vaya al número 160, última planta. Pregunte por mí mañana, a las diez de la mañana.

—No faltaré.

—Bien… Aquí… aquí tiene su primera paga —le tendió cinco guineas.

—Puede estar seguro de que seré una dócil modelo —declaró ella—. En Norfolk, hacen falta muchos días de duro trabajo para ingresar cinco guineas…

Romain sonrió, inclinándose ceremonioso, y siguió ordenando el traslado de cajas de su museo al carromato, con el máximo celo. Se le notaba ahora nervioso, excitado. Y no lo sabía disimular demasiado bien.

Mervin Lane se alejó del viejo museo clausurado, junto a su joven conocida. Tras unos momentos de silencio, se expresó secamente:

—No debió hacerlo, señorita Driscoll.

—¿Qué es lo que no debí hacer? —Sonrióse ella.

—Ese convenio con Romain… Posar para él… ¿No le basta con lo sucedido a su hermana?

—Señor Lane, ¿por qué debo de temer nada? Ella murió por culpa de un demente como era ese Payton, ¿no es cierto? —Habló ingenuamente la joven—. Payton está en prisión, y quizá en pocos

días esté ya ahorcado y enterrado. ¿Qué peligro puede existir ahora para mí?

—No… no sé —Lane sacudió la cabeza—. Yo, amiga mía… no soy de los convencidos de la culpabilidad de Hugh Payton, por si quiere saberlo.

—¿No? —Abrió ella enormemente sus ojos—. Vamos, vamos, por favor… Tenga en cuenta que nadie sino él pudo cometer esos crímenes. Está probado, ¿no?

—¿Probado? Incluso ha confesado el individuo, admitiendo su posible culpa. Es un esquizofrénico, un psicópata. Pero no sé si es un asesino. Hay algo extraño y diabólico en esas muertes sin sentido… y quisiera saber lo que es. Es algo que no me deja descansar, desde que entré en el museo, encontré sin vida a su hermana, en medio de un caos de sangre… Entonces, señorita Driscoll, entonces intuí, presentí algo anormal en torno mío. Por un momento, fue como si docenas de ojos vivos estuviesen fijos en mí. Pero eso no es posible, porque sólo eran muñecos de cera, y los muñecos de cera no pueden ser asesinos. Luego, a medida que ha ido transcurriendo el tiempo, la impresión de horror, de anormalidad, de… de sobrenatural o infrahumano, me ha asaltado numerosas veces, cuando he pensado en aquellos terribles momentos.

—Pero no hay nada inhumano ni sobrenatural en matar a unos seres a cuchilladas o a hachazos, señor Lane —replicó serenamente Dawn.

—Cierto —convino él, pasándose una mano por la frente, y deteniéndose en la calle, junto a una esquina—. Sin embargo, créame. Hay algo maligno en el ambiente. No sé si es Romain, su museo, ese maldito y viejo caserón, los maniquíes de cera o… algo peor y más siniestro, que no acierto a intuir. Pero yo que usted, no iría nunca a esa cita. Nunca, ¿entiende? Devolvería sus cinco guineas al francés, y olvidaría por completo el asunto. Vuélvase a Norfolk, y no meta su bonita nariz donde la metiera antes su hermana. No es bueno. Sé que no puede serlo.

—Habla como un supersticioso que ignorase lo que le rodea, pero que tuviera miedo a algo inexistente —sonrió Dawn Driscoll. Meneó negativamente su pelirroja cabecita—. No va a disuadirme de mi idea inicial, créalo. Iré a posar para Romain. Sé que no tengo

nada que temer… a menos que me demuestre usted evidentemente que sí hay alguna clase de peligro.

—No —resopló el escritor—. Eso… no puedo probarlo. Lo siento, pero no puedo probarlo, señorita Driscoll.

* * *

—¿Qué diablos puedes temer ahora, Mervin?

—Quisiera saberlo, Oliver. Pero es algo que no está definido, ni mucho menos.

—Eso no tiene sentido. Un criminal espera a ser juzgado. El museo se clausuró. Las figuras de cera emigran, quizá para pudrirse o descomponerse en un sótano cualquiera… Romain sigue con su vieja idea y modela rostros bonitos para un hipotético museo que tal vez nunca se abra ya. La señora Romain seguirá sintiendo celos de su marido. Tú sólo conoces a esa chica de un momento. ¿Qué mil diablos te puede preocupar ahora?

—Todo: Romain, su mujer, la chica, el museo, las figuras de cera… ¡Todo!

—Aclara eso. ¿Qué quieres decir, Mervin? —Se esforzó pacientemente Rolfe por comprender a su amigo.

—No sabría decírtelo. Es como aquel día que buscábamos a Paul Stevens y yo estaba seguro de que algo le había sucedido. Así son estas cosas. Ahora…, ahora intuyo que algo horrible puede suceder de nuevo.

—¿Con Payton en presidio? A menos que ese chiflado escape…

—Payton no me preocupa. Son… otras cosas más sutiles, menos claras. Pero que casi puedo palpar cerca de mí, en torno mío, en alguna parte. Sobre todo, cuando me acerco a ese museo…

—Pues quítate todas esas ideas de la cabeza, Mervin. No puedo obligarle a esa chica a abandonar Londres ni a dejar de posar para Romain. Es mayor de edad, y muy dueña de sus actos. Si quiere proseguir el camino que dejó sin concluir su hermana, allá ella. ¿O tiene algún interés particular, en el asunto?

—No, no es eso. Tú sabes que apenas si la conozco, pero…

—… Pero es tan bonita como su hermana, y mucho menos exuberante. Justo lo que a ti te gusta: pelirroja, atractiva, esbelta,

femenina… Recuerdo eso aún, Lane, amigo mío.

—Tienes mucha memoria para lo que quieres —refunfuñó Mervin de mala gana, encaminándose a la salida del despacho de su amigo. Se detuvo, ya cerca de la salida—. Cuando menos, quizá puedas informarme del lugar adonde Romain se ha llevado sus figuras de cera, ¿no?

—Oh, eso no es difícil —rió el inspector—. A un edificio abandonado, en el ciento sesenta de Leman Street. Un almacén en desuso.

—¿Abandonado? —Mervin giró la cabeza, preocupado—. ¿No es un edificio de viviendas?

—Hay uno al lado, con la misma numeración. Es una vieja casa de pisos, pero solamente un par de ellos están ocupados. Contiguo al edificio está el viejo almacén. Creo que Romain lo alquiló por poco dinero. Allí, esas figuras de cera terminarán por deshacerse, estoy seguro.

—Entonces, lo mismo que alquiló el almacén, pudo alquilar el estudio en el piso alto…

—¿Decías?

—No, nada. Romain ha engañado en algo a esa chica: no la ha llevado a posar al estudio o ático de ningún amigo suyo, sino a un lugar bastante deshabitado, que él mismo arrendó… ¡Y eso no me gusta nada!

—Espera, Mervin…

Pero Oliver Rolfe se quedó con la palabra en la boca. Mervin Lane había abandonado su oficina.

Con un suspiro, el inspector miró su reloj. Era tarde ya. Más tarde de lo que había pensado: las ocho menos veinte minutos de la noche. Demasiado tarde para aguardar más tiempo su cena. La pidió a uno de sus agentes, y esperó, trabajando sobre una serie de documentos. Pero no podía dejar de pensar en lo que hablara poco antes con su amigo. Frunciendo el ceño, dejó de trabajar, profundamente pensativo.

Su subordinado apareció poco después con su cena. Eran las ocho menos diez minutos. Afuera, con su brusquedad habitual, la niebla se estaba espesando sobre Londres.

CAPÍTULO III

—Es maravilloso, señor Romain…

—Lo sé. Lo más maravilloso que jamás existió. Es como haberles dotado de vida propia, mi querida Dawn —habló el viejo francés, afablemente, alzando la tapa de tablas de otra de las grandes cajas—. Vea: éstos son Frankenstein y el Hombre Lobo. Un personaje de ficción y otro de leyenda… Como Drácula, los mitos literarios también los exhibo en mi museo… Ahí tiene al Asesino de Niños, Peter Dogherty… Y al verdugo de la Torre de Londres… Y a una vengativa momia resucitada, emergiendo de su sarcófago milenario…

—Estremecedor —jadeó ella, clavando sus ojos atónitos en aquellas facciones perfectas, como modeladas en auténtica carne viva, en vez de utilizar en ello simple cera inanimada—. Sabía que todo esto iba a entusiasmarme, *monsieur*…

—No es lo mismo que verlos situados en su ambiente, en la Cámara de los Horrores —manifestó pesaroso Jean Louis Romain, sacudiendo la cabeza, Miró en torno, al recinto, realmente húmedo y frío, sin simulaciones de escenografía—. Este sucio almacén para guardar tanta belleza artística, tanta maravilla y fidelidad figurativa… ¡Oh, Dios mío, eso nunca debió suceder! ¡Ellos no tenían derecho a cerrarme mi museo, a destruir mi obra, a boicotear mi galería de grandes figuras del crimen y del horror!… ¡Las figuras de cera no son asesinos, no tienen culpa de nada!

—Es lo que dije yo siempre, señor Romain —asintió Dawn, dominando un estremecimiento. Miró luego a la ventana enrejada, asomada a la acera de la calle Leman, a su mismo nivel, y situada muy alta sobre sus cabezas en aquel sótano destinado a almacenar ahora las figuras de cera del francés—. Si hubo un asesino y éste fue encontrado, ¿por qué dañar su obra, su museo? ¿Por qué cerrarlo, cuando solamente fue escenario de esos crímenes, y sus criaturas de

cera simples testigos inanimados de los hechos?

—Sí, sí, señorita Driscoll. Usted lo entiende —asintió él, fervoroso. Se aferró la cabeza entre ambas manos—. ¡Pero ellos no pueden entender, porque ignoran lo que vale para mí todo esto, lo que significa cada uno de mis muñecos! ¡Los quiero como si fuesen criaturas vivas, como si fuesen seres de mi propia carne, malditos sean todos los que ahora las han confinado aquí, posiblemente a morir, a destruirse lentamente, olvidados de todos!

Acarició, con enfermizo afecto, con una ternura entre ridícula y estremecedora, las cabezas de cera y de pelo artificial, los rostros espantosos de aquellos monstruos del Mal, encerrados ahora en el sótano de Leman Street.

Con un escalofrío, Dawn miró de nuevo a la calle. Solamente vio la luz de una farola cercana, entre la niebla. Hacía allí mucho frío y humedad. Además, la luz del farol de gas que ardía en el muro, era triste y amarillenta. Alrededor, todo tenía un aspecto ominoso, de pesadilla. Los ojos de los seres de cera, brillaban como si tuvieran vida propia.

—Ya es tarde —dijo Dawn, con tono sereno—. Usted me invitó a visitar el almacén, *monsieur*, pero yo debo regresar al hotel y cenar, descansar un poco… Ha sido un día muy ajetreado, y aún no estoy habituada al ritmo de vida de la capital…

—Cierto, cierto… —masculló Romain, saliendo de su abstracción y tomándole una mano entre las suyas, frías y rígidas ahora—. Venga, mi querida amiga. Subamos de nuevo, y vuelva usted a su casa. Perdone a este viejo chiflado, se lo ruego. Pero a veces, ante los seres que forman mi vida, prefiero encerrarme en el amor a esos muñecos de cera, mil veces más agradecidos, créame…

—Sí, claro… Sé que no se lleva demasiado bien con su esposa…

—¿Yvette? ¡Es una arpía! —Jadeó rabiosamente Romain—. En cuanto sepa que usted trabaja para mí, habrá problemas, disgustos… Debe estar preparada por si ella se encara alguna vez con usted y… ¡Hola! ¿Qué ocurre? Parece que se atrancó la puerta del sótano…

Habían subido los escalones húmedos, resbaladizos, hasta la puerta de metal que dejaran entreabierta y con el pestillo corrido. Ahora la puerta, inexplicablemente, aparecía cerrada.

Forcejeó Romain con ella. Su frente se tiñó de sudor. Miró,

preocupado, a la joven.

—No… no responde —dijo—. La puerta… no se abre…

Abajo, la luz de gas ardía débilmente. Junto a ellos, la llave reguladora ofreció a Dawn la oportunidad de elevar su intensidad. Probó, pero aunque la llave giró, la luz siguió mortecina, iluminando de modo fantasmal a las figuras de cera.

—Probemos los dos —dijo ella, animosa—. Tiene que abrirse…

—Oh, por supuesto —asintió Romain, tragando saliva—. No tiene pestillo por fuera. Sólo por dentro. Y no se puede cerrar de golpe, sino utilizando una llave… Llave que yo dejé en la parte de afuera…

—Pero usted dijo que nadie entra nunca en ese patio —se estremeció Dawn, empezando a sentir aprensión—. De modo que nadie cerraría tampoco esta puerta…

—Cierto. Es imposible que esto haya sucedido —forcejearon, estérilmente—. ¡Pero ha sucedido, maldita sea!

Se miraron los dos, algo pálidos. Romain jadeaba, sudoroso. Dawn tembló. El frío, la humedad y la idea de permanecer allí toda una noche, encerrada en el sótano, con Romain y con sus horribles figuras de cera, era algo superior a todo lo imaginable.

—Hay que llamar a alguien, pedir ayuda —musitó ella, estremecida.

—Sí, sí, pero ¿nos atenderán? —Dudó nerviosamente Romain—. Apenas transita nadie a partir de estas horas. Y el que oiga una voz, huirá como alma que lleva el diablo… A menos que sea un policía quien nos oiga… Y le será difícil localizar esas ventanucas, en plena niebla y con la oscuridad nocturna…

—Entonces…, ¡entonces tendremos que quedarnos toda una noche aquí! —Se asustó Dawn.

—Si así ocurre, nada debe temer. Le prepararía algo con esas viejas mantas y las virutas de las cajas… Apenas amaneciese, pediríamos ayuda…

—¡Aquí dentro… y con esos seres ahí! —Señaló a las figuras—. Sería horrible, señor Romain…

—No, no —declaró él dulcemente—. Ellos… ellos sólo son cera muerta, querida… No pueden hacer daño a nadie…

La luz oscilaba difusamente. El gas no tenía fuerza. La claridad era espectral, y ello daba un aire siniestro a las formas de cera,

vestidas como seres humanos.

Dawn lamentó no haber seguido los consejos de Mervin Lane. Después de posar, había aceptado aquella tarde la visita al almacén… y éstas eran las consecuencias ahora.

—Parece…, parece como si las figuras… se moviesen —susurró Dawn.

—Claro. El efecto de la luz y las sombras… El aire hace oscilar la llama del gas, y el bailoteo parece mover las figuras, señorita Driscoll. Pero la cera no puede… no puede… Eh…, ¿qué… qué ha sido eso?

Los rojos cabellos de Dawn se erizaron. Miró a Romain. Luego, al punto donde él señalaba. Solamente vio a Drácula, con sus colmillos y ojos centelleantes en la penumbra lívida…

—¿Qué es lo que ha creído ver? —susurró ella, inquieta.

—No… no sé… —lívido, Romain humedeció sus labios—. Era, era como si… como si… ¡Oh no, no! ¡Mire eso, por Dios…!

Dawn, sintiendo un frío mortal en su espina dorsal, giró la cabeza hacia el nuevo punto donde señalaba Romain.

Allí, el monstruo de Frankenstein, repulsivo, hecho a costurones, y el velludo Hombre Lobo, con fauces babeantes de sangre, formaban grupo junto al verdugo de la Torre de Londres, con sus ojos fulgurantes bajo la caperuza negra, hacha en mano…

Dawn Driscoll emitió un largo, terrible, alucinante alarido ante el horror que presenciaba. Romain retrocedió, trató de huir… y tropezó en algo, cayendo de espaldas sobre el Asesino de Niños. El monstruo infanticida pareció inclinarse sobre él, y unas garras lívidas, de largas uñas engarfiadas, cayeron sobre la nuca erizada de Romain…

Dawn chilló, chilló, chilló, hasta el paroxismo mientras todos los monstruos de cera del almacén cobraban vida y avanzaban hacia ellos…

CAPÍTULO IV

Ojos brillantes, diabólicos, que ahora parpadeaban…

Rostros de cera, convulsos, malignos, que ahora sonreían perversamente, complaciéndose en la agonía del adversario vencido…

Manos o zarpas, garras, armas afiladas de acero que se agitaban en el juego alucinante de luces y sombras, hacia las cabezas de Dawn Driscoll y Romain…

Y un jadeo inhumano, una risa bestial sacudiendo todo el recinto… El roce de pisadas mecánicas de los monstruos de cera, convertidos en seres vivos…

Dawn retrocedía en vano. El cerco era cerrado, angustioso. Romain agonizaba ya, entre oleadas escarlata, a manos del pavoroso Asesino de Niños, ensañándose ahora en acuchillar a su propio creador…

Y en aquel horror, el súcubo infernal, saltando con risa demoníaca, entre las figuras de cera, bailoteando y cantando una pavorosa letanía infrahumana, que hirió los oídos alucinados de Dawn:

—¡Alzaos, alzaos todos, seres de cera! ¡Moveos todos, mis monstruos queridos! ¡Destruid, destruid siempre! ¡Matad, Matad!… ¡Que la sangre nuble a los que os quieran causar daño, seres de cera viva! ¡Seguid matando, destruid, destruid en mi nombre, que yo os ordeno y yo os dirijo…!

Y a esa invocación increíble, las figuras de cera actuaban, destruían, mataban, empapando en sangre sus manos, sus ropas…

Romain era ya una piltrafa sanguinolenta, irreconocible…

Y ahora, manos, armas de acero, ojos demoníacos, de vidrio vivo, rostros de cera palpitante, cercaron ya a Dawn Driscoll, para destrozarla salvaje, sanguinariamente, en un aquelarre inaudito…

—¡Matad, matad, matad! —seguía aullando el súcubo inhumano

que danzaba, delirante, entre ellos, en medio de risas diabólicas.

* * *

Los disparos descerrajaron brutalmente la puerta de hierro.

Otros disparos penetraron por las ventanas angostas situadas al nivel de la acera. El súcubo aulló, rompiendo su letanía monstruosa, y empezó a danzar, como alocado ser de las tinieblas, intentando una fuga imposible…

Corrió luego hacia las escaleras húmedas, resbaladizas, en un vano empeño de fuga.

Se enfrentó a Mervin Lane, revólver en mano. Y tras él, a varios *policemen* dotados de rifles y de pistolas.

El alud de balas se estrelló en el ser que escapaba, acribillándole entre rabiosos alaridos de agonía e imprecaciones de furia demencial. Dando volteretas, hecho un pelele rojo y siniestro, el súcubo fue al fondo del almacén, donde las balas hacían saltar en pedazos la cera de las figuras en movimiento, rompiendo cabezas huecas, lanzando pelucas por los aires, quebrando ojos de vidrio, armazones de madera, esqueletos de yeso o de escayola.

Dawn, sollozando, chillando trémula, corrió hacia Mervin Lane, en cuyos brazos cayó, instintivamente, en busca de protección. A su alrededor, la Cámara de los Horrores de Romain era una impresionante zarabanda de cera destrozada, de fragmentos de materiales, dejando todo alfombrado con los restos de los maniquíes diabólicos…

—Creo que ya basta —dijo gravemente Mervin Lane, alzando un brazo—. Oliver, no disparen más. No hay sino trozos de cera, de madera y yeso… Ninguno de esos asesinos monstruosos era realmente un ser humano.

—Pero… ¡pero ellos se movían, avanzaban hacia mí! —Sollozó Dawn, estremecida—. ¡Es más, vi sus ojos brillar con una vida real, auténtica! ¡Sus facciones de cera se agitaban, como si siempre hubiesen poseído vida propia! ¡No lo imaginé, Lane, no lo imaginé…!

—Claro que no, muchacha —suspiró él, todavía horrorizado—. Creo que hemos asistido al más terrorífico y nefasto acto de brujería

jamás llevado a cabo por una persona de facultades más allá de lo humano y de lo conocido…

—¿Quiere… quiere decir que, realmente, ellos vivían? —Sollozó Dawn.

—Vivían, evidentemente, cuando ese monstruoso ser hacía su invocación. Una mente malvada, poderosa, más allá de lo natural y de lo que nosotros conocemos, era capaz de dar vida a lo inanimado… Es como levantar muertos, como mover *zombies*… Sólo que los *zombies* de ese ser de pesadilla… eran simples figuras de cera. Hubiera podido dar vida a cualquier otra cosa, de habérselo propuesto…

—Pero… pero ¿quién podía ser…? —masculló el inspector Rolfe, avanzando hacia la persona cosida a balazos, que revelaba una impúdica desnudez, y en su cuerpo unas raras marcas, signos cabalísticos tatuados, emblemas satánicos acaso, de una magia negra y nefasta, que nadie allí conocía ni imaginaba.

—Vi su rostro cuando nos intentó atacar, Oliver —explicó Lane, con un suspiro—. Creo que era Abigail Hawkins, la tranquila y amable dama de compañía de la señora Romain…

CAPÍTULO V

—¡Abigail Hawkins…! —Jadeó la señora Romain, mortalmente pálida—. No, no puedo creerlo, señor Lane…

—Pues tendrá que creerlo. Su cuerpo, desnudo y cubierto de raros y repulsivos tatuajes, reposa en la Morgue ahora. Ya podrá usted verlo más tarde… Era un súcubo, un ser diabólico, entregado a prácticas satánicas… Debió aprender esa ciencia negra y malvada de algunas sectas hindúes… Dijo usted que allí la contrató de dama de compañía al caer víctima del accidente que le costó el movimiento de sus piernas, ¿no es cierto, señora?

—Sí, muy cierto —los ojos de Yvette se llenaron de llanto—. Y ella, Abigail, parecía tan sencilla, tan afectuosa y humana…

—Quizá poseía una doble personalidad, o era solamente una bruja hábil y astuta… Vino a Londres dispuesta a practicar sus artes nefastas… Deseaba poder, dominio sobre los demás, sin duda alguna. O disfrutaba con el mal, eso nunca llegaremos a saberlo. Lo cierto es que su fuerza hipnótica la adormecía a usted por las noches. Como hizo con Payton en el museo… Y, mientras usted dormía, ignorante de todo, ella abandonaba esta casa y se iba a sus prácticas sangrientas de humanos sacrificios a sus poderes tenebrosos…

—Pero… ¡pero poder dar vida a la simple cera…! —Jadeó Yvette—. Parece imposible…

—Y seguirá pareciéndolo durante años y años. Yo, particularmente, no expondré esos hechos en mi periódico, ni tampoco el inspector los narrará a la Prensa, para no exponernos a burlas sangrientas. Sólo que todos los que vivimos ese atroz momento sabemos que los muñecos moldeados por su marido se movían como robots, como auténticas máquinas asesinas, movidas por una mente siniestra. No sé cómo son posibles esos hechos que escapan a nuestra ciencia y nuestro entendimiento, señora. Pero tal

vez durante toda nuestra vida existan cosas que la mente humana nunca llegue a entender del todo. Los poderes de las tinieblas son desconocidos y, seguramente, de una fuerza increíble, cuando se saben controlar y manejar…

—Y todo eso… costó la vida a mi pobre Jean Louis…

—Deberá usted llevar consigo esa cruz, señora. No supo comprenderle en vida, y ahora deberá lamentar su muerte. Lo cierto es que yo sospechaba de él como responsable de esos crímenes. Su fiel Abigail fue la última persona en quien pensé…

—Y ahora… ¿Qué va a ocurrir ahora, señor Lane?

—Nada, señora. El museo Romain nunca más volverá a abrirse. Maravillosas obras en cera son ahora simples trozos pulverizados a balazos. Tuvimos que hacerlo. El poder extraño de ese emisario infernal que era Abigail Hawkins, les había dotado de vida a todos, inculcando a la materia inerte una forma vital desconocida y terrible… Era como mover cadáveres a su antojo, o cosa parecida… Ahora, señora, adiós. Este es el final del caso de la Cámara de los Horrores…

* * *

Ese fue el final del misterio del museo de figuras de cera de Quaker Street.

Un misterio nunca totalmente resuelto. Ellos nunca supieron cuál era el poder increíble y pavoroso de Abigail Hawkins. Hoy en día, creo que tampoco se hubiera llegado a saber.

Siempre hay algo que queda ignorado, algo que pertenece al reino de lo absolutamente desconocido. Seres como Abigail existieron en otros tiempos. Y quizá sigan existiendo. Su poder siniestro es ignorado por los demás. Y su alcance puede ser devastador.

Mervin Lane nunca olvidó aquella terrible experiencia en el viejo almacén de figuras de cera. Ni tampoco Dawn Driscoll. Pero ambos procuraron olvidar su huella de la mejor forma que ello era posible: olvidando juntos.

Dawn no volvió a Norfolk. Se quedó en Londres, aunque no como modelo profesional.

Mervin Lane siguió escribiendo sus artículos y sus libros. Aunque en ninguno citó el caso del museo Romain.

Ni tampoco fue preciso hacerlo. La gente se conformó con la historia de que Abigail era culpable, y Payton inocente. Se dio una versión plausible de los hechos, y se olvidó el asunto.

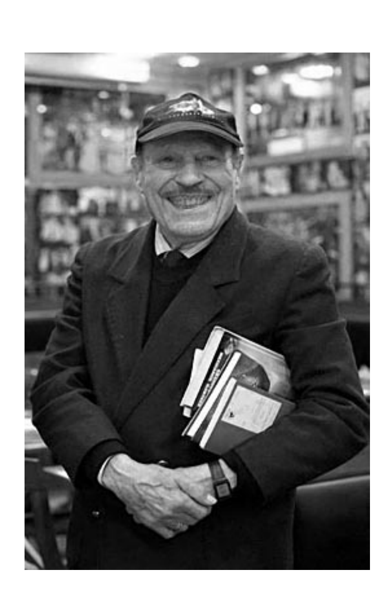
Pero Mervin Lane y Dawn Lane, su joven y bella esposa, nunca lo olvidaron mientras vivieron.

Nunca.

Y nunca, tampoco, se repitió un caso parecido. Al menos, afortunadamente, parecía que no abundaban las personas como Abigail Hawkins.

Si es que, realmente, fue alguna vez una persona y no algo peor…

F I N



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario *Imperio*, de Zamora, y en las revistas barcelonesas *Junior Films* y *Cinema*, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix.

Su primera novela policíaca fue *La muerte elige* y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste…, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana).

Los pseudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester.

Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de

teatro y fue guionista de cuatro películas: *No dispares contra mí*, *Nuestro agente en Casablanca*, *Sexy Cat* y *El pez de los ojos de oro*.

Su extensa obra literaria como escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera.

Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como *Alicia en el país de las maravillas*, *Robinson Crusoe*, *Miguel Strogoff* o el clásico de Cervantes *Don Quijote de la Mancha*, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», *La conjura* y *La clave de los Evangelios*.

En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico *Yo, Curtis Garland* publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz.

Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada *Las oscuras nostalgias*. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.